
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585111 7

NPD

Mciatin



Flumisbo Thermodonciaco.

P. e A.

OBRAS POSTUMAS

DE

D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

ENTRE LOS ARCADES DE ROMA:

FLUMISBO THERMODONCIACO.

BARCELONA.

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE ROCA.

M DCCCXXI.

.....*habeat secum, servetque sepulcro.*

VIRG. ENEID. lib. IV.

AL LECTOR.

El editor de esta coleccion ha cumplido religiosamente la voluntad del autor, imprimiendola segun el mismo la entregó corregida y firmada, pocos meses antes de morir, á Don Ignacio Bernascone su íntimo amigo. Prescindiendo de otras muchas obras que escribió Moratin, no se ha tratado de abultar con ellas este libro: sino de hacerle mas estimable á los que saben apreciar el mérito.

La única libertad que ha parecido disculpable, ha sido, la de incluir algunos fragmentos muy escogidos de el poema didáctico intitulado La Diana, *y de las tragedias* Lucrecia, Hormesinda, *y* Guzman; *suprimiendo en ellos uno ú otro verso, cuya conservacion no era del todo necesaria. Es cierto que en estos fragmentos falta la correccion que hizo el autor en las demas*

*

composiciones, acaso por que no le dió lugar á ello su corta vida; pero se ha persuadido el editor de que, aun asi como están, les queda mérito bastante para que el lector disimule facilmente sus defectos.

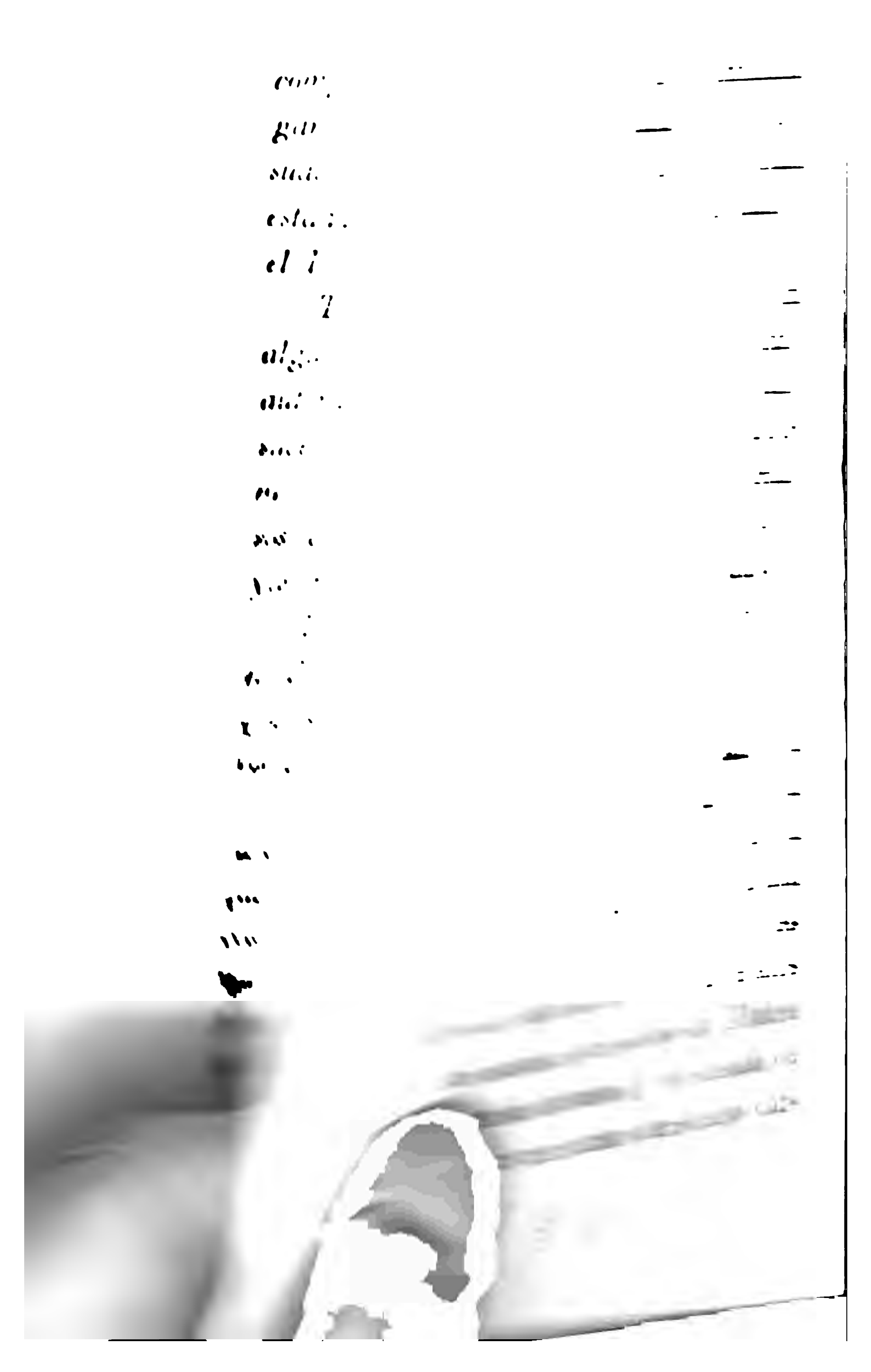
Tambien se ha creido oportuno reunir algunas noticias, relativas á la vida del autor: por la conexion que tienen con los sucesos públicos de su tiempo, y las memorias que recuerdan del estado y progresos de nuestra literatura, durante la mayor parte del reynado de Carlos III.

El retrato de Moratin, que va al frente de esta coleccion, es copia exacta del que se pintó quando vivia, y existe ahora en poder de su hijo.

Acerca de el mérito de las composiciones que contiene este volumen, nada hay que decir; y por mas que sea inveterada costumbre recomendar con elogios preliminares los escritos que se dan á luz, ó propios ú agenos: el editor no ha querido seguirla.

VIDA DEL AUTOR.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre Gefe de Guardajoyas de la Reyna Doña Isabel Farnesio, la qual muerto su esposo Felipe V, se retiró acompañada del Infante D. Luis al Sitio de S. Ildefonso, en donde permaneció durante el reynado de Fernando VI. Alli recibió Moratin su primera instruccion, y como desde muy niño hubiese manifestado un talento en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo: quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofia al Colegio de Jesuitas de Calatayud. Pasó despues á Valladolid á estudiar leyes; alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poe-



l llegase á España. Restituido Mo- á su patria, que no conocia, tuvo on de observarla sin las preocupa- s de la costumbre, vió sus bibliote- sus espectáculos, sus fiestas popula- sus tribunales, sus templos: procu- l trato de los que mas sobresalian en estudio de las ciencias y de las artes; á pocos meses de haber llegado, ya amigo de D. Luis Mison insigne mú- o, del escultor D. Felipe de Castro, de D. Juan de Iriarte, del erudito Maestro Florez, de D. Agustin de Montiano, de D. Luis Velazquez, y de la incomparable cómica Maria Ladvenant.

No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno, que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito D. Ignacio de Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el egemplo. Su *Poetica*, impresa en el año de 1737, no se leia en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á ha-

cer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la Académia de S. Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los quadernos de sus actas. D. Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio, y no inferior cultura, y zelo de nuestra opinion literaria; habia publicado dos Tragedias, arregladas y decorosas, que no se han representado nunca, y dos Discursos críticos, en que resumiendo la historia del arte, recomendaba los buenos principios que nadie intentaba seguir. El teatro, agitado por las parcialidades de Chorizos, Polacos, y Panduros, habia llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paranomasias y equivocos, laberintos, ecos, retruecanos y quanto desacierto es imaginable. En el género sublime: hinchazon, obscuridad, conceptos falsos, metaforas absurdas. En el gracioso: bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto

del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasia.

Empezó su reynado Carlos III, seguido de aquellas lisongeras esperanzas que siempre acompañan á la exaltacion de un nuevo Príncipe, y si en lo sucesivo no se vieron cumplidas todas; á lo menos, empezaron á darse acertadas providencias en beneficio público. Adquirió la nacion nuevo espíritu: deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado, y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un Soberano interesado en estimularla. La prudente libertad que se dió á la imprenta, fue un aliciente poderoso para que muchos literatos publicasen obras útiles en todos géneros, y la multitud de periódicos (que siempre excitan á que lean algo, los que nada leerian si no los hubiese) empezó á fomentar el buen gusto, la sana crítica y la erudicion.

Escribió Moratin por aquel tiempo *La Petimetra*, Comedia sugeta al rigor del arte: la primera original que se habia visto en España, con este requisito, y la *Lucrecia*, Tragedia, igualmente estimable por su regularidad, Estas dos piezas se publicaron impresas; pero ninguna de ellas se representó. El teatro tiranizado entonces por estúpidos copleros, administrado por cómicos del mas depravado gusto, y sostenido por una plebe insolente y necia, solo se alimentaba de disparates.

Gozaba Calderon en aquella época de tal concepto, que parecia atrevimiento sacrílego notar defectos en sus Comedias, ó en sus celebrados Autos sacramentales: que repetidos anualmente en la scena con la pompa y aparato posibles, entretenian al vulgo de todas clases y perpetuaban los aplausos de su famoso autor. Moratin publicó tres Discursos que intituló: *Desengaños al teatro español*, escritos con todo el acierto de un hombre de buen gusto

y con todo el zelo de un ciudadano, interesado en los progresos y la gloria literaria de su nacion. En el primero de ellos manifestó los defectos de que abundaban las piezas antiguas, igualmente que las modernas, con que los poetas chavacanos enriquecian á los cómicos: autorizando de cada vez mas la irregularidad y la ignorancia. En los dos siguientes Discursos probó que los Autos de Calderon, tan admirados de la multitud, no debian sufrirse en una nacion que se preciase de ilustrada y católica: asi por el abandono de todas las reglas que en ellos se advierte, como por el desacierto con que estan tratados los dogmas de la religion, la violencia con que se interpretan y acomodan los textos de la Escritura, y el inconveniente gravísimo de presentar á vista del pueblo con toda la ilusion que presta el teatro, unas acciones cuya imitacion dramática degrada la magestad de la ley y sus altos misterios; dignos solo de existir para enseñanza nuestra, en los libros sa-

grados, ó de oirse en el templo, como asunto peculiar de sus mas elocuentes ministros. No hay para que decir quanta oposicion sufrieron estos Discursos, quantos necios escritos se publicaron contra ellos, quanto abominaron de su autor, los cómicos, los protectores de las cómicas, y los fanáticos mantenedores de la barbarie; baste solo advertir, que apenas salió á luz el tercer Discurso, prohibió el Gobierno la representacion de los Autos. Época memorable en los fastos del teatro español: que nunca podrá recordarse sin elogio de aquel escritor juicioso é intrepido, á quien se debió tan útil reforma.

Dadas ya estas prendas, y conocidas sus opiniones literarias, bien merecia tener enemigos; al paso que se hacia estimable entre los sugetos mas doctos, asi nacionales, como extrangeros. La Academia de los Arcades de Roma le recibió en el número de sus individuos, dandole el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*. El Marques de Ossun, Embajador de Francia en

Madrid (en cuyo destino permaneció diez y siete años, mereciendo la confianza de ambas Cortes y la amistad de Carlos III) favoreció á Moratin: le trató con la franqueza mas cordial y le facilitó correspondencia con algunos de los mas distinguidos sabios franceses del tiempo de Luis XV. Napoli Signorelli, Bernascone, Conti, Bordoni y otros eruditos italianos que residian en Madrid, apetecieron su amistad. Reparó la perdida de su buen amigo Montiano con la intimidad que mereció á Don Eugenio de Llaguno, mas ilustre por la traduccion de la *Athalia* que por los altos empleos que sirvió despues: sugeto de fino gusto en la literatura y en las artes. D. Casimiro Gomez Ortega, erudito botánico y humanista, D. Josef Clavijo y Fajardo autor de la obra periódica intitulada: *El Pensador*, la mas estimable de quantas se publicaron entonces, y otros distinguidos literatos, proporcionaban á Moratin facil consuelo en los disgustos que sus enemigos procuraban

darle; y conociendo que seria perder el tiempo ocuparse en contestaciones interminables, que irritan y no persuaden á quien no se halla capaz de convencimiento, aplicó su atencion á reunir algunas poesías sueltas que tenia escritas y las dió á la prensa en forma de periódico, que intituló: *El Poeta.* Poco despues concluyó y publicó *La Diana*, ó Arte de la caza, poema didactico dirigido al Infante D. Luis Jayme de Borbon, á quien habia merecido desde su niñez una estimacion particular.

En esta obra manifestó Moratin quanto podia esperarse de su pluma, y desde luego se conoció que, floreciendo en edad menos infausta para las letras, seria un digno sucesor de Luzan, y caerian en desprecio y olvido las musas tabernarias del Piscator salmantino, Julian de Castro, el Marques de la Olmeda, Nieto, Rejon, Bazo, Camacho, Montoro, Benegasi, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibañez, Furmento, Nifo, Iparraguirre, Cernadas, y

otros mil, en cuyas manos perecia la poesía castellana, sin doctrina, sin decoro, sin arte. Asi se verificó despues; pero las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpiéron por algun tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hiciéron suspicaz al Gobierno, y alteraron en gran manera los planes y las ideas benéficas del Soberano.

No es de este lugar referir las causas, las circunstancias y las resultas del tumulto de Madrid; baste decir, que muy de antemano conociéron los mas prudentes quanto peligro amenazaba á la quietud pública, en vista de la poderosa influencia de los que preparaban una revolucion; dirigida á mudar todo el ministerio, poner otro á su gusto, y evitar por este medio las inovaciones y reformas que se meditaban: tan perjudiciales á los privados intereses de muchos, como favorables al bien general. Sucedió, enfin, el alboroto popular que unos solicitaban y

otros temian: anticipose la egecucion, y se desvanecieron mil atrevidas esperanzas. La imprevista mudanza de la Corte, desde Madrid á Aranjuez, evitó muchos daños, y quedó desmentido el famoso pasquin que apareció el Martes Santo:

Vicimus, expulimus: facilis jam copia regni.

Nombró el Rey al Conde de Aranda, Presidente del Consejo y Capitan general de Castilla la nueva: fió de su prudencia y talento el remedio de tantos males; y es necesario convenir en que no fué desacertada la eleccion.

En el año siguiente salieron expatriados de todos los dominios de España los religiosos de la Compañía de Jesus, y mientras se pedia en Roma con el mayor empeño la extincion de la Orden, se imprimia en Madrid una multitud de escritos, encaminados á desacreditar los principios y la conducta moral y política de aquella corporacion. Ganábase dinero y favor diciendo mal de los Jesuitas: y una turba de escritores famelicos (siempre dis-

puesta á vender su pluma á quien se la quiera comprar) sació con esta clase de opúsculos la curiosidad comun; si bien el mismo que los estimulaba y protegia, se hallaba poco satisfecho de que la causa del Gobierno hubiera de encomendarse á tan ruines autores. Hablaba un dia el Conde de Aranda con Moratin acerca de esto: hízole algunas insinuaciones, de las quales no se daba por entendido; pero viendose apurado en demasía, respondió con aquellos dos versos de la *Jerusalen librada*:

Nessuna a me col busto essangue e muto
riman piu guerra: egli morí qual forte.

El Conde, sonriendose, dijo: *Excelente poeta era el Tasso*, y siguió hablando de otra materia con los demas que se hallaban presentes.

No ignoraba aquel gran político quan grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion: advertia el estado de abandono en que se hallaba el nuestro, y solicitaba que Moratin, en el

ocio que le permitia la muerte de la Reyna madre, ocurrida en el año anterior, se dedicára á componer algunas obras dramaticas. Él, entre tanto, mejoró los teatros de Madrid, arreglando su policía interior y exterior, cortando en su orígen la discordia que reynaba en ellos, reprimiendo las parcialidades de los que se llamaban apasionados, y dando al espectáculo mucha parte de la ilusion y el decoro que le faltaban. Hizo traducir las mejores piezas del teatro frances é italiano, y aunque no logró que desapareciesen todas las monstruosidades de que se componia el caudal cómico; mandó representar algunas buenas traducciones, en que vió el público una prueba certísima de que no estan vinculados los aplausos á los desaciertos.

Cultivaba por entonces Moratin la amistad del celebre Cadahalso: juntos frecuentaban la casa de Maria Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, joven actriz á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y para honor de

lás que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la Tragedia de *Sancho Garcia*, hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda*.

Esta Tragedia hubo menester toda la proteccion del Conde de Aranda para darla al teatro: tal era la oposicion que tenia la mayor parte de los cómicos á lo que llamaban, estílo frances. No es de omitir una anecdòta, que manifiesta con evidencia, el estado de error en que se hallaban los actores y el público en el año de 1770. Espejo, Barba de la compañía de Ponce, sugeto tan inutil para los papeles que piden nobleza y expresion patetica, como inimitable en los caracteres de bajo cómico, era muy apasionado de Moratin. Leyose la Tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. Maria Ignacia no puso otra dificultad, que la de



de risa,

en Es-

estudiadi-

en buena

gesto del

público, ni los anuncios fatales que habian esparcido los poetas tonadilleros, ni las voces de sedicion con que uno de los mas audaces pedantes de aquel tiempo acaloraba, debajo de la cazuela, á la siempre temible turba de los Chorizos, pudieron impedir que aquella pieza se recibiese con aplauso en el primero y los siguientes dias en que se repitió. Impresa despues, mereció á los inteligentes el concepto de ser lo mejor que en aquel género se habia visto: despues de dos siglos continuos, de ingenioso desatinar.

Á este esfuerzo de Moratin se debieron las Tragedias originales, que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. Él desmintió la opinion absurda, de que los españoles no gustaban de Tragedias; confundió á los ignorantes que suponian imposible, que una obra escrita con regularidad y buen gusto agradase al público de Madrid, introdujo este género en el teatro á pesar de la resistencia que le opusieron, y hoy vemos con

quanto placer acude la multitud á ver los zelos de *Orosman*, la envidia de *Eteocles* y *Polinices*, y la funesta venganza de *Orestes*: quando se sostienen en la scena con una regular egecucion. En el año siguiente de 1771, se representó la Tragedia de *Sancho Garcia*, y Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor y el de la interesante actriz, que desempeñó menos tímida con los aplausos de *Hormesinda*, el papel de la Condesa de Castilla.

Persuadido el Gobierno por la experiencia, de que la expulsion de los Jesuitas causaba un atraso funesto en la educacion pública, habia procurado remediar este mal, acelerando la ereccion de nuevos colegios, cátedras particulares y escuelas generales en toda la península; mereciendole el mayor cuidado la habilitacion de los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de Colegio imperial. Publicado el concurso para las cátedras que habian de establecer-

se, Moratin fue uno de los opositores, y solo D. Ignacio Lopez de Ayala pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura: que consideraba á los dos como los mas sobresalientes. Concluidos los egercicios le dijo un dia Moratin: *No dude usted, Ayala, que la cátedra de Poetica será para usted. En estos casos no basta el mérito, si falta la habilidad de recomendarle. Acabada la oposicion me he metido en mi casa, no he visto á nadie, y por consiguiente, nadie se acordará de mí. Usted, animado del deseo justísimo de lograr lo que solicita, no habrá diligencia que no practique y hará muy bien. Usted ha sido discípulo, pasante y novicio de los Jesuitas: todos los apasionados que ellos tienen, lo serán de usted, y yo el primero de todos, aplaudiré una eleccion que va á recaer en un sugeto de verdadero mérito y amigo mio.* En efecto: Ayala obtuvo la cátedra, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

La censura de un critico tan imparcial como Moratin y que tanto se interesaba en el lucimiento de sus amigos, era inestimable en el concepto de Ayala, y no quiso leer á nadie su Tragedia de *Numancia destruida*, hasta que Moratin la viese y le digera su parecer. Asi lo hizo: y supo aprovecharse de sus instrucciones, con aquella docilidad que es peculiar de los que á fuerza de aplicacion y estudio, llegan á conocer la dificultad del acierto. Entre los pasages que le tachó, fué el de mayor importancia, una scena entera en que el poeta hacía salir al teatro á los jovenes de Lúcia, con los brazos cortados. Diole á entender Moratin lo repugnante, lo inútil y ridículo de este episodio, y el autor agradeciendo el aviso, subscribió á su dictamen.

Incapaz Moratin de resolverse á malograr el tiempo en las antesalas, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar á los falderitos de la Señora: poco apropósito para trinchar en sus me-

sas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres: demasiado austéro para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes: inutil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el manejo de los naypes; mal podia hallar los caminos que dirigen con facilidad á la fortuna. Se conocia á sí mismo y no se quejaba de su suerte: persuadido de que era temeridad desear que los demas mudasen de opiniones y de caracter; quando él no era poderoso á alterar el suyo. Esta consideracion le retrajo siempre de entablar pretensiones, que no habia de saber llevar adelante, y á pesar de la estimacion que debió á los Infantes D. Luis y D. Gabriel, á el Conde de Aranda, á los Duques de Medina Sydonia y Arcos, á Don Manuel de Roda, á Campomanes, Bayer, Llaguno, á los Embajadores de Venecia y Francia, y á otros sugetos de grande autoridad é influjo; nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente: nada les pidió y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa,

la educacion de un hijo (en quien ya descubria prendas, no desconformes á la celebridad del apellido que habia de heredarle) todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de Pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fue menester para recibirse de Abogado en el Colegio de Madrid: como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto, que no era aquella la carrera que debió seguir. Lamentabase de la multitud, contradiccion y obscuridad, de las ya envegecidas leyes: de el conflicto de jurisdicciones: de las clases privilegiadas: de lo arbitrario de los juicios: de la facilidad en admitir apelaciones: de la influencia funesta de los escribanos, nacida de la pereza ó la ignorancia de los jueces: de los artificios legales que han hallado la malicia y el interes, para que los pleytos se eternicen: del triunfo,

quasi siempre cierto, en favor del poderoso, quasi nunca obtenido de la pobreza desvalida y obscura. No tomaba todas las defensas que se le ofrecian; desengañaba á muchos litigantes y les daba á conocer que la obligacion de un letrado no es desfigurar lo injusto y lo falso, con apariencias de justicia y verdad, no apoyar qualquiera accion que se presente; sino solo aquellas que segun su conciencia le parezcan lícitamente intentadas. Aun en estas, hallaba algunas que por su naturaleza ofrecian á la parte contraria medios fáciles de dilatar la resolucion, ó torcer á su favor la sentencia: anunciabaselo desde luego á sus clientes, y les explicaba quan diferente cosa es tener razon, que obtener justicia. No es dificil de inferir que este sistema, seguido por él constantemente, era el medio menos seguro de enriquecer; pero ni la rectitud de sus principios, ni el deseo que siempre tuvo de conservar la estimacion de los hombres de bien, le permitieron obrar de otra manera.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacía, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion, en componer algunas obras líricas; sugetandolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos: lo qual dió principio á una especie de Academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época.

Habia cesado ya en el mando el Conde de Aranda. Ni su talento, ni su integridad, ni la importancia de sus servicios, fueron bastantes á sostenerle por mas tiempo en el puesto que tan dignamente ocupó. Pasó de Embajador á París, y todos los que habian sido favorecidos por él, es decir, los sugetos mas distinguidos por su mérito en todas clases, adoptaron el partido prudente de obscurecerse y no excitar los resentimientos de la envidia: que en las mudanzas políticas, se mani-

fiesta siempre de un modo feróz. Reuníanse frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadahalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muñoz, Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone, y otros eruditos, en la antigua Fonda de San Sebastian: para lo qual tenian tomado un quarto con sillas, mesas, escribanía, chimenea, y quanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas: en las quales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Alli se leyeron las mejores Tragedias del teatro frances, las Satiras y la Poetica de Boileau, las Odas de Rousseau, muchos Sonetos y Canciones de Frugoni, Filicaya, Chiabrera, Petrarca, y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadahalso sus *Cartas Marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las vidas de españoles ilustres, que se proponia ir publicando, con el título de *Plutarco español*, y una Tragedia de *Abidis*, que probablemente se habrá per-

dido tambien. Leyeronse conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español*, y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir un papel, intitulado: *Reflexiones críticas, dirigidas al colector de el Parnaso, D. Juan Lopez Sedano.* La junta las examinó y habia resuelto imprimirlas; pero Moratin, considerandolo mejor, la hizo desistir de su proposito. Conoció que tal vez la publicacion de aquella obra desanimaria al colector, en vez de corregirle: que siempre era laudable su zelo; aunque el acierto no lo fuese: que en aquella coleccion, aunque tan desigual y poco meditada, habia sin embargo excelentes composiciones, y que el benemérito D. Antonio de Sancha, comun amigo de todos ellos, no merecia que se le diera un disgusto, quando empleaba gran parte de su caudal en imprimir aquella obra, con un esmero y un lujo typográfico, desconocidos hasta entonces. Sin embargo, el colector de *El Parnaso* se atre-

vió algun tiempo despues á censurar en el tomo IX de su obra á D. Vicente de los Rios, y á Iriarte. Ni uno ni otro le perdonaron esta agresion, y el último publicó un difuso opusculo, intitulado: *Donde las dan las toman*, en que se aprovechó de las citadas *Reflexiones* de Moratin y Ayala, para la amarga crítica que hizo de la coleccion de Sedano, y de sus opiniones literarias. La junta de San Sebastian vió con mucho sentimiento esta discordia; pero no la pudo calmar.

Alli se leyó tambien la Tragedia de *Numancia destruida*, impresa y representada poco antes: deseando su autor hacer una segunda edicion de ella, con las correcciones que pareciesen mas esenciales. Examinada de nuevo en aquella docta tertulia y oidas las juiciosas reflexiones de Signorelli; quedó no obstante aprobada la obra, con algunas cortas alteraciones, en gracia de los excelentes trozos que hay en ella, del espíritu nacio-

nal que la aníma y de la seguridad del éxito en el teatro.

Conti que habia publicado ya la traduccion italiana de la primera Egloga de Garcilaso, vivia en la misma casa que Moratin, en la calle de la Puebla número 30 junto á Doña Maria de Aragon, y en sus frecuentes conversaciones le persuadia Moratin á que emprendiese la traduccion de algunas obras de poetas españoles, y les procurase nueva celebridad, dandolos á conocer en la culta Italia. Conti se dedicó efectivamente á ello, consultando siempre los dictámenes de su amigo: á cuyo zelo deben agradecerse los bellísimos versos italianos en que se halla traducido lo mejor de Garcilaso, Padilla, Herrera, Figueroa, los dos Argensolas y otros insignes autores nuestros. Solo llegaron á publicarse quatro tomos de esta coleccion: el quinto se perdió manuscrito entre los papeles de D. Eugenio de Llaguno, y el sexto aunque enteramente concluido en el año de 1793,

le retuvo en su poder el traductor, viendo el poco aprecio que merecia á la Corte una empresa literaria, que tanto favorecieron veinte años antes los Ministros, que ya habian dejado de mandar y de existir.

Ocupabáse por entonces Signorelli en escribir la *Historia crítica de los teatros*, y Moratin que quando habló á sus compatriotas fue el mas rígido censor de los defectos del nuestro; no queria que Signorelli ignorase los rasgos de ingenio felicísimos, las situaciones pateticas ó cómicas; ni el mérito de lenguage, facilidad y armonía, que se encuentra en los desarreglados dramas de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Salazar, Solis y otros de su tiempo. Él puso en manos de aquel docto escritor quanto halló de mas apreciable en este genero, y efectivamente, ningun crítico extrangero ha hablado con mayor acierto que Signorelli de el mérito de los dramáticos españoles; particularmente en la segunda edicion de su

obra, hecha en el año de 1787, diez años despues de publicada la primera.

Entre tanto, las asambleas literarias de la Fonda de San Sebastian continuaban siendo una escuela de erudicion, de buen gusto, de acendrada crítica, y las cuestiones que alli se ofrecian daban motivo á los concurrentes de indagar y establecer los principios mas sólidos: aplicados en particular al estudio y perfeccion de las letras humanas. Alguna vez se trató del mecanismo de las dos lenguas italiana y española, y convenian en que la nuestra, dedicada al genero sublime, puede competir con su hermana y aun excederla, en robustez y magestad: que es aptisima para la epopeya, para la tragedia, para la historia, para la narracion elegante y facil de las novelas, igualmente que para la malicia y viveza del diálogo cómico; en lo qual no la excede ninguna de las mas cultivadas de Europa. En esta ocasion escribió Iriarte unas curiosas observaciones, que leyó á la jun-

ta, sobre la varia construccion de las voces castellanas y su aptitud para las combinaciones armónicas; escrito muy apreciable, que reducido á menor extension, le sirvió despues para una de las notas con que ilustró su Poema de *La Musica*.

Una vez habló Signorelli de la dificultad que se hallaria en traducir al español, con iguales estrofas y el mismo número de versos, qualquiera buena composicion italiana, y ofreció por egemplo aquel célebre Soneto de Juan de la Casa que empieza.

¡Oh sonno! oh! della cheta, umida, ombrosa notte, placido figlio!

Encargaronse de traducirle en otro Soneto castellano, Ayala, Iriarte, Moratin y Cadahalso: conviniendo en que la version que hiciese cada uno, seria examinada y juzgada por los otros tres. Llevaron una noche las traducciones y las censuras (los italianos protestaron que no hablarian palabra, y serian meros espectado-

res en aquel tribunal) leyose todo, y los quatro opinaron de comun acuerdo, que el Soneto se habia traducido muy mal, y que no se podia traducir. Moratin, poco satisfecho, recogió todos los papeles, los tiró al fuego de la chimenea, y dijo: *Scribimus, & scriptos absumimus igne libellos.*

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fue amenorandose por la ausencia forzosa de algunos de ellos; y á los que permanecieron y la sostenian, no les pareció admitir otros. La amistad, la identidad de principios é inclinaciones, la moderacion y la prudencia, habian formado y continuado por algunos años aquella junta, y no era facil hallar estas prendas en los que aspiraban á reemplazar á los ausentes. Conti se fue á Italia, Cadahalso á Salamanca, Iriarte pasaba muchas temporadas en los Sitios, Ayala padecia dolencias habituales para cuyo alivio tuvo que retirarse á Grazalema su patria, en donde permaneció largo tiempo. Antes de salir de Ma-

drid, solicitó que Moratin se encargase de substituirle en la cátedra: no queriendo dejarla en otras manos, interesado como todos los demas Profesores de aquel establecimiento, en que no decayese el buen concepto que ya habia empezado á adquirir en el público. Nombrado, pues, Moratin substituto de la clase de Poética con una parte de su dotacion, halló en sí mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño, á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Dejó á un lado la *Curia Filípica*, el *Gomez ad Leges Tauri*, el *Señor Covarrubias*, el *Villadiego*, el *Salgado de retentione*, el *Rojas de incompatibilitate*, y otros doctos libros no menos útiles: y trató de enseñar á los discípulos que quisieran oirle, el camino mas florido, aunque el mas estéril, de la inmortalidad.

Los instruia en amistosa conversacion; sin hacerles sospechar que los instruia. Indagaba con ellos la razon del arte, y

advertian libremente en las obras mas celebres, los descuidos y los aciertos. Repetiales con frecuencia, que él no enseñaba á nadie á ser poeta: por que sin un favor especial de la naturaleza ninguno lo es; pero les prometia que con el estudio de la Poética adquiririan buen gusto y solida doctrina, para saber la dificultad que tiene el serlo, y estimar el mérito de los mas distinguidos autores: á la manera que en una escuela de bellas artes, si no se forman grandes artífices, resultan á lo menos aficionados inteligentes. Burlábase de los Domines de aquel tiempo (pedantes por oficio y verdugos por inclinacion) que apenas veian pasar á los muchachos el temido puente de *Quis vel qui*, les hacian perder las horas mas preciosas de la vida en medir dáctilos y pirriquios, y componer Epicedios y Genetliacos en la lengua de Marón; quando en la suya no eran capaces de escribir una carta. No egercitaba en sus alumnos la memoria, sino el entendimien-

to: mas les hacia raciocinar que aprender; ni para captarse la benevolencia de sus padres y tios les proponia un determinado número de preguntas, á que debia corresponder otro igual de respuestas, á manera de letania: ridicula instruccion, á la qual se reducian todos los examenes públicos que se hacian entonces. Decia, que no hallaba diferencia entre este genero de enseñanza y la que se da á los papagayos: de los quales nunca se exige que entiendan lo que dicen; basta que lo digan: y quando en los certamenes de otros estudios oia chillar á los discípulos, respondiendo atropelladamente á las preguntas que se les hacian, segun el arancel impreso, decia á los suyos: *Vean ustedes aqui una bandada de cotorras y tordos, que estan hablando de lo que no entienden. El que guste de ser pedante y fatuo, literato superficial y hablador intrépido, venga á estas aulas, que el maestro se lo enseñará.* Asistia á la suya un joven de excelente disposicion para la poe-

sia, sobrino de un caballero muy acomodado, el qual deseando que continuase en aquel estudio, al ver su constante aplicacion y el ingenio que manifestaba, le dijo á Moratin, que le indicase, entre los poetas clásicos, de qual nacion deberia preferirlos: para arreglarle con ellos, y algunos otros, una selecta libreria. Moratin le respondió: *Griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles.* Los que tengan algun conocimiento del arte advertirán quanto dijo en esta respuesta.

El estudio de nuestra lengua le mereció tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella y á este conocimieto debió la abundancia que hallaba de frases y giros poeticos, de palabras acomodadas al genero y al estilo de sus composiciones, y aquella facilidad que se adquiere tan dificilmente: con la qual, parece que las obras de mayor mérito no costaron trabajo particular al que

las compuso, y que otro qualquiera sabrá hacer lo mismo. Error comun, que solo con la experiencia se desvanece. Prueba fue de su maravillosa afluencia una Comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775. Este suceso llenó de alegria al Rey, á la Corte, á toda la nacion, viendo destruido el numeroso egercito de los marroquíes delante de una débil plaza que solo pudieron hacer inexpugnable, la prudencia, el valor, la generosa constancia de los gefes, soldados y presidarios, que la defendieron. Instado Moratin, no solo de los cómicos, sino de otros muchos sugetos que le pedian lo mismo; tomó sobre sí el empeño de improvisar una Comedia en que se pintase aquella accion gloriosa; diciendole al Duque de Medina Sydonia, que era uno de los mas interesados en ello: *Haré un disparate; pero le haré pronto, una vez que V. E. se declara gefe de esta conspiracion. Hagale usted, Moratin,* respondió el Duque,

disparates de esa clase solo usted puede hacerlos. Desde ahora le digo á usted lo que será su Comedia. Un monstruo del arte, en que veremos la fantasia, la diccion, la sonoridad de Lope; ya que no sea posible hallar en él la regularidad de Racine. En seis horas repartidas en tres noches dictó la Comedia á un escribiente, delante de algunos amigos que le quisieron acompañar; y mientras los cómicos se repartian los papeles para estudiarla, el Duque halló ocasion de enseñarsela á Carlos III, el qual aplaudiendo los mas sobresalientes pasages de ella dijo: *Moratin es gran poeta: mi madre le quiso mucho, y yo aprecio su talento extraordinario; pero no se represente por ahora esta Comedia. La guerra con Marruecos no se ha concluido y no es conveniente fiarnos demasiado de la fortuna; á estos sucesos prosperos pudiera seguirse alguna desgracia. Esperemos á que se haga la paz.* En el mes de Julio de aquel mismo año sucedió la infeliz jornada de Argel.

Talassi, celebre poeta repentista italiano, habia llegado por entonces á Madrid y de todas partes le solicitaban, deseosos de oirle. Moratin asistió dos ó tres noches en casa del Embajador de Venecia, y quedó sorprehendido al verle componer de repente, sobre qualquier asunto que se le proponia: con buen plan, buenas imagenes, afectos oportunos, pura elocucion, fáciles y armoniosos versos. Á ninguno de los que entonces cultivaban en Madrid la poesia le ocurrió el temerario intento de alternar con él; pero el Duque de Medina Sydonia miraba como una mengua nuestra, que Talassi pudiese decir que no habia hallado en España quien se hubiera atrevido á competirle: como ya lo decia de los franceses, entre los quales habia lucido exclusivamente su habilidad. Signorelli, á quien el Duque habló sobre esto, le dijo: que aquella prontitud de poetizar se habia hecho peculiar de Italia; por la abundancia de expresiones que presta el idio-

ma y lo cultivado y formado que está ya para la composicion: en la qual el poeta repentista aplica facilmente emistiquios y aun versos enteros, que pertenecen á otros autores; siendo muy dificil que se verifique con otra lengua, mientras el arte de decir de repente no se promueva, no se cultive y no sea un medio seguro de adquirir estimacion y recompensas. Dijole tambien, que aquella práctica (aun suponiendola en hombres de muy fecunda imaginacion, buen gusto y erudicion extensa) producia siempre composiciones mas brillantes que sólidas, capaces de sorprehender en el momento en que se oyen; pero no tales que puedan sufrir impresas el detenido examen de la crítica. Añadió, que la mayor pesadumbre que puede darse al mas eminente poeta extemporaneo, es ponerle al lado un amanuense que vaya escribiendo lo que dice, y que si en España y Francia no se hallaban, como en Italia, improvisadores de credito; tam-

bien era de considerar, que en ninguna de las tres naciones se habian compuesto de repente aquellas obras mas estimables, con que se ha ilustrado la moderna literatura. No obstante, el Duque hizo empeño particular de que Moratin alternara con Talassi, y al fin lo consiguió una noche en su casa, y á presencia de un concurso el mas capaz de apreciar el mérito de los dos poetas. Á Talassi le tocó por suerte la muerte de Adonis, y á Moratin el paso de los israelitas por el Mar rojo. Uno y otro excitaron la admiracion del auditorio; y es necesario suponer que en la preferencia que obtuvo Moratin, no dejaria de tener parte el espíritu nacional: pues por mas imparciales que se quiera suponer á los oyentes, uno de los poetas era español, y le juzgaban españoles. El Duque se proponia repetir aquel certamen alguna otra noche; pero Moratin, abrazando á Talassi, le dijo: *Señor Duque, esto de hacer versos de repente no es para todos, ni para todos los dias.* En

mí podrá ser una gracia, en Talassi es un egercicio de muchos años. Si hemos alternado dignamente, bastele á V. E. esta prueba. Ni á mí me agradaria verme atropellado por otro, exponiendome voluntariamente á ello, ni á él le conviene que nadie le obscurezca, ni le compita. Gocemos de su extraordinaria habilidad: cante él solo y está seguro de los aplausos de quantos tengan la fortuna de oirle; pero no se me estorbe á mí la dulce satisfaccion de ser su amigo. Dicho esto, y renovando á su competidor las mas sinceras demostraciones de afecto, excitó una aclamacion general del concurso, que repetia con entusiasmo: *Basta, Señor Duque, basta: y sean amigos Talassi y Moratin.*

Concluyó este por entonces la Tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco despues, y dedicada á su especial favorecedor el Duque de Medina Sydonia. De esta pieza habló Signorelli con toda la estimacion que merece, en su *Historia crítica de los teatros*, y alli puede verse

el juicio que de ella formó. Nunca se ha representado; aunque en su lectura hallan los inteligentes muchas qualidades dignas del mayor elogio. Mas de una vez han solicitado los cómicos que pusiera la mano en ella el autor de *El sí de las niñas*, y siempre se ha negado á hacerlo.

En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasia de un gran poeta no impide, como presume el vulgo, la adquisicion de aquellos conocimientos políticos y económicos tan necesarios á la buena administracion pública, y tan ignorados muchas veces de los que tienen á su cargo la prosperidad de los pueblos. Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un quaderno de adicciones, dirigido todo á la Sociedad económica de Madrid, dió bien á entender quanto le interesaba la felicidad de su nacion, como conocia el verdadero ori-

gen de sus males, y los medios mas eficaces para disminuirlos; quan particular estudio habia hecho de nuestra viciosa legislacion, del caracter nacional, sus prendas laudables, sus defectos, sus errores, sus preocupaciones funestas. La Sociedad le nombró Socio de merito y extractó en sus actas lo que halló mas digno de estimacion en aquella obra. Individuo ya de un cuerpo, compuesto de zelosos é ilustrados vocales, que protegia el Soberano, y animaba el gran Campomanes (consumado jurisconsulto y economista de aquella edad) creyó Moratin que alli podria ocuparse útilmente y desahogar el deseo que siempre tuvo de ver menos atrasada á su nacion, mas industriosa, menos ignorante, menos satisfecha de su ignorancia. Asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas (en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud) desempeñaba los informes que se le pedian, los encargos que se fiaban á su

actividad y conocimientos; y en quanto era relativo á la utilidad de su patria, ninguno le excedió en laboriosidad, teson y diligencia.

Esta fue la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto, ni en la Academia Española, ni en la de la Historia, á las quales parece que debió conducirle naturalmente su merito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiendoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia; y aun pudiera existir entre los papeles de D. Eugenio de Llaguno una carta que le escribió Moratin al Escorial, en respuesta á las instancias que aquel le hacía, para que solicitase entrar en la Academia Española, asegurandole que sería admitido inmediatamente en ella. Deciale Moratin, entre otras cosas. *Ninguno se mete monge de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. Á mi no me agradan los reglamentos de la Academia,*

y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El solido merito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas, Señor D. Eugenio; no ha de facilitarle el favor, ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de los sabios, y estos para nada necesitan de la Academia. No puede concebirse absurdo mas torpe, que el de exigir un memorial de los aspirantes: como si se tratára de pretender un estanquillo. Aun por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Qualquiera que repase la lista de sus individuos (exceptuando unos pocos) creerá que está leyendo la de los Hermanos del Refugio. Esta escasez de hombres de merito no se suple con bandas ni toysones, que allí no son del caso: tales diges parecen muy bien al pie del trono; pero en una corporacion cientifica son cosa intempestiva, ridícula, incómoda. Tan injusto me pareceria ver á Ayala con la gran Cruz de Carlos III, y la casaca de Gentilhom-

bre, por haber escrito la Numancia, *como me lo parece ver que á un ignorante le hagan Académico, por que se llama Osorio, Manrique, ó Tellez Giron. Mientras estas equivocaciones no se remedien (vuelvo á repetirlo) mientras no se hagan nuevos estatutos, nuestras Academias servirán solo de aparentar lo que no hay, y de añadir una hoja mas á la Guia de Forasteros.* Es de suponer que con estas opiniones, tendria poca seguridad de obtener el premio ofrecido por la Academia Española en el año de 1777 al que mejor desempeñára en un Canto heroyco el elogio de Cortés, quando hizo quemar las naves en Vera-Cruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tiene tan pocos egemplos en la historia. Escribió efectivamente un Canto en octavas que intituló: *Las naves de Cortés,* le remitió á la Academia, y ésta, no halló en aquella composicion merito bastante, ni para el premio, ni para el

accessit. Premió y publicó unicamente la de D. Josef Vaca de Guzman; y como estas dos obras son ya muy conocidas del público, toda reflexion que acerca de ellas quisiera hacerse pareceria inútil en este lugar y fuera de sazon.

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo epico, no quiso Moratin aspirar de nuevo á los premios que la misma Academia propuso despues; y pensó en ocupar las horas que le quedaban libres, en elegir de sus obras impresas y manuscritas las que mereciesen correccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas y publicarlas. Ha sido no poca fortuna, que entre la dispersion y saqueos judiciales que han padecido en estos años últimos los libros y papeles de aquel literato, se haya logrado conservar la coleccion de sus obras poeticas, como hoy se publica, y en los términos en que él la tenia arreglada y dispuesta ya para la prensa; pero no ha sido lo mismo de

muchas de sus obras en prosa y de su correspondencia literaria: que toda ha desaparecido, juntamente con una gran parte de su escogida libreria.

Entre sus cartas (que todas ellas versaban sobre materias de crítica y erudicion) eran las mas estimables las que habia escrito en varias ocasiones á Bayer, á Llaguno, á Conti, y á Cadahalso. Este le escribia desde Salamanca, y le daba noticia de los jovenes que alli se distinguian por su aplicacion al estudio de las buenas letras y su talento poetico; prefiriendo entre ellos á Don Juan Melendez Valdés, que empezaba entonces á componer en el genero amatorio algunas poesias, llenas de gracia y de dulzura: imitando lo mejor de nuestros antiguos poetas, y absteniendose de los errores en que tropezaron tantas veces. Moratin veia con mucho placer las composiciones de aquel nuevo alumno de las Musas: censuraba los defectos, aplaudia las bellezas, y estimulaba á Cada-

halso á que le hiciera continuar por aquel genero; sin perder de vista jamás los buenos egemplares griegos y latinos, y los que ofrece la literatura moderna en las lenguas vivas. Sus advertencias, su docta crítica y sus apreciables elogios, contribuyeron en gran manera á que Melendez se confirmára en los buenos principios que habia empezado á seguir, y que durante su vida le han adquirido tan bien merecidos aplausos.

En los últimos años de la suya, ocuparon á Moratin atenciones domésticas, encargos de la Sociedad, la enseñanza de sus discípulos, la correccion de sus obras y la correspondencia literaria con sus amigos ausentes. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria y alli atendia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitandose. Asistia á los afanes rústicos de aquella gente laboriosa, abatida y mísera: alternaba en sus conversaciones, se divertia en sus rudas fiestas; y hallando en su trato los

mismos afectos, los mismos vicios que en las sociedades mas corrompidas (donde solo es diferente el obgeto que los estimula) huía muchas veces de los hombres, para entregarse á la contemplacion de la siempre hermosa naturaleza. La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altomira, el castillo de Zorita, famoso en la historia (ya destruido por las guerras y el tiempo) los precipicios de donde se derrumba espumoso el Tajo, y el desierto horrido de Bolarque (morada que usurpan á las fieras, hombres desengañados y penitentes) todo acaloraba su fantasia y egercitaba su talento. Allí encontraba la independencia, la tranquilidad, que anheló siempre su corazon, y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante y prevenir la vegez y la muerte; pero no le fue posible verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde agravandose los achaques de que adolecia, falleció el dia once de Mayo de

1780, á los quarenta y dos años de su edad.

Vivió en aquella mediania que tanto recomiendan los sabios: ni padeció las angustias de la pobreza, ni los estímulos de la ambicion. Su templanza, su cortesia, su ingenio, su erudicion, su caracter indulgente y sencillo, le adquirieron muchos y excelentes amigos en todas las clases del estado. La envidia le persiguió, como acostumbra, por los medios mas viles; y solo opuso á sus tiros la estimacion de los hombres de bien, y su propia conciencia. Acompañado de una esposa inculpable, y de un hijo, cuya educacion mereció todo su desvelo, sabia olvidarse de los desabrimientos y los aplausos que le adquiria su celebridad: gozando en los deberes de esposo y padre, aquellas delicias que solo saben disfrutar las almas sensibles y virtuosas.

Conoció y practicó la filosofia del arte, aplicado á la composicion poetica:

examinando la razon y la necesidad de sus preceptos. Se familiarizó desde su primera edad con la lectura de los historiadores, oradores y poetas antiguos: modelos de la mayor perfeccion á que ha sabido llegar el talento humano. Estudió la lengua de su nacion, su historia, sus leyes, sus ya olvidadas costumbres, y á la imitacion de los mas eminentes poetas nuestros, añadió la de italianos y franceses: emulando de los primeros la fantasia y el sonido armónico, y de los segundos, el método, la exactitud y la doctrina. Halló la poesia castellana en el último grado de corrupcion, y él se atrevió á sostener nuevos principios, y á combatir errores, nacidos del mal gusto que generalmente se extendia á todos los ramos de la literatura. Desterró del teatro aquellas composiciones absurdas, que habiendo tenido su origen en los siglos de barbarie, llevó despues á tan alta estimacion el mas ingenioso de nuestros dramaticos. Dió egemplos en la scena espa-

ñola de una regularidad, que se consideraba como impracticable. Adelantó los progresos de la poesia lírica, y habiendola encontrado grosera y trivial en manos de ignorantísimos autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le siguieron despues.

Grande dificultad ofrecen las artes, si ha de sobresalir en ellas el que las cultiva; pero atreverse á prescindir de la opinion y de la costumbre, luchar intrépido contra la tenacidad de la ignorancia, hallar nuevos caminos para conseguir el acierto, fijar el gusto, y demostrar con obras dignas de aplauso la utilidad de la inovacion: es fatiga reservada solo á aquellos talentos extraordinarios, que produce la naturaleza no muchas veces.

OBRAS POSTUMAS

DE

D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

SONETO.

Dorisa ingrata.

Un alto y generoso pensamiento,
inspiracion del cielo soberano,
me puso la aurea citara en la mano
para cantar el dulce mal que siento.
Y fue tan grato el sonoroso acento,
que la ancha vega, el apacible llano
y el cavernoso monte carpentano
mostraron compasion de mi tormento.
Turbose el rio de ceruleo manto,
oculto entre los álamos sombríos,
al ver su cisne lamentarse tanto.
Movieronse los brutos mas impíos
y los asperos troncos á mi llanto;
y no la que causó los males mios.

O D A.

Todas merecen.

Agradanme las feas
por que son agradables,
y las que son hermosas
no es mucho que me agraden.
Me gustan las morenas,
que son algo marciales,
y las blancas, que tienen
el rostro como un angel.
Las de los ojos negros
con imperio me atraen,
y los ojos azules
son ojos celestiales.
Me encanta el rubio pelo
á el oro semejante,
y el negro, que en los hombros
cándidos se dilate.
Son para mi heroinas
si son altas y grandes,
y damas señoritas
las que no fuesen tales.
La gruesa me parece

matrona respetable,
y ninfa delicada
la que es un poco gracil.
Que el ser de buen contento
es cosa muy loable,
segun dicen antiguos
filósofos morales.
Por eso todas ellas
logran enamorarme,
y ¿veis como soy hombre
prudente y razonable?

ROMANCE.

Amor y honor.

De la hermosa Belerifa
era Benzayde el querido,
moro discreto y galan,
pocos años, mucho brio.
El que en las fiestas y zambras,
dando de su amor indicios,
bordó la verde marlota
con cifras de su apellido.
Desembarazar la lanza

nunca le vió el enemigo,
sin que sacase del golpe
en el adarga portillo.
Gozábanse dulcemente
de la dama en el retiro,
sin que tanta posesion
originase fastidio.
Veinte lunas se pasaron
sin dar alguno motivo
de rezelo en la amistad,
de tibieza en el cariño.
Ya no se ven ni se buscan:
¿que causa puede haber sido
la que llegó á separar
dos corazones tan finos?
La ingrata fortuna sola,
que por costumbre ha tenido
á quien favorece amor
mirar con ceños esquivos.
El Rey le negó los premios
en la guerra merecidos,
retirando á la alcazaba
sus despojos y cautivos.
Triste llega á los umbrales

de su dama y afligido,
sobre una encintada yegua
con el bozal de oro fino.
Viola salir al balcon,
y con ademan sumiso,
arrodillando la alfana,
inclinó el penacho altivo.
Humilde, con voz turbada,
y suspirando la dijo:
mi linda mora, los cielos
guarden tus años floridos.
No ignoras que para amor
ni me sirves ni te sirvo;
aunque estén los corazones
reciprocamente unidos.
Para llamarnos esposos,
(el honor así lo quiso)
nos debe allanar primero
suerte feliz el camino.
Y es tan escasa la mia,
como ya mi bien lo has visto:
que nada alcanzan mi zelo,
mi valor, ni mis servicios.
Quédate en paz, y á los cielos

por último don les pido,
que antes de llegar á Loja
logre hallar á Don Rodrigo,
Maestre de Calatrava,
del Rey Fernando caudillo:
pues con su muerte ó la mia
mi desgracia finalizo.
Si le venzo, volveré
de recompensa mas digno,
y el Rey no sabrá negarme
las mercedes que le pido.
Y si me vence, la vida
acaba que desestimo,
pues no la quiero sin ti,
desdichado y ofendido.
Belerifa le responde:
no temas, Benzayde mio,
que mirando al interés
ponga tu amor en olvido.
Antes saldré de Granada,
huyendo sola contigo,
á que nos den su favor
los cristianos fronterizos.
Tomóla el moro la mano,

alzandose en los estribos,
y arremetiendo la alfana,
la lanza pedazos hizo.
Á tu noble amor le toca
despecho tan atrevido,
y toca á mi pundonor
esta accion, el moro dijo.
Y viendola acongojada,
con lágrimas y suspiros,
escaramuzando triste
siguió de Loja el camino.

O D A.

El vino dulce.

Venus y Baco un dia
quisieron que yo apure,
ella sus confituras,
el otro sus azumbres.
Cada qual á su bando
procura que me junte,
yo dige: que ninguno
tomase pesadumbre.
Que á entrambos serviria

con mil solicitudes,
y por que ni Dióne
ni Bromio se disgusten,
Ser goloso y beodo
es cosa que me cumple,
y asi, beberé vino;
en siendo vino dulce.

EPIGRAMA.

Filena devota.

De imposibles Santa Rita
es abogada, y Filena,
con devocion muy contrita,
reza á la Santa bendita
á fin de que la haga buena.

SONETO.

Libertad perdida.

Qual gira el soto, de temor exento,
el bruto que le asorda con bramidos,
si los yúgos huyó desconocidos
la alta cerviz, no usada al sufrimiento:

Asi en dichosa libertad contento,
no viendo mis espíritus rendidos,
cayeron mil harpones rebatidos
del que en lágrimas hace su alimento.
Mas quando halló que por violencia ó arte
no es posible que siga su divisa,
ni lleve las cadenas que reparte:
Mira, dijo el Amor, con falsa risa,
si me sobra poder para humillarte,
y señaló á los ojos de Dorisa.

O D A.

Gocemos hoy.

Hernando, si la vida
es círculo tan breve
que apenas se comienza
ya vemos que fenece:
Si el dia que se pasa
jamas al mundo vuelve,
ó bien se llore triste,
ó bien se goce alegre:
Si los graves cuidados
aceleran la muerte,

y solo sabe huirlos
quien como tu es prudente:
Merezca tu desvelo
lo que enmendarse puede;
y de lo inevitable
ni aun quiero que te acuerdes.
Brindemos dulces vinos
en plácidos banquetes,
y con laurel y yedra
coronemos las sienes.
Despues de haber bebido
la cítara se temple,
y cantemos suáves
amores, y desdenes.
Recibe á la fortuna
si á tus umbrales viene;
mas no para alcanzarla
te afanes y desveles.
Pues es virtud, y fuerza,
mostrar animo alegre
en las adversidades,
que remediar no puedes.

SILVA.

A las bodas de la Infanta de España Doña Maria Luisa de Borbon con el Archiduque de Austria Pedro Leopoldo.

Ven Hymeneo casto,
hijo de Urania bello,
que al tálamo las vírgenes conduces.
Ven con ligero paso,
suelto el rubio cabello,
con la antorcha nupcial que arroja luces:
y quando el ayre cruces,
por toda su distancia
esparce la fragancia
del cinamomo indiano, de esto sea
la esplendorosa tea.
Ven, oh! mancebo alado!
de rosas coronado
y de violetas, flor de los amantes,
y vengan los Cupidos
con citaras sonantes
en coros divididos,
cantando alegres himnos y canciones

en alabanza justa
de la funcion augusta
que hoy celebrarse veo.
Ven Hymeneo, ven. Ven Hymeneo.
Ven, y trayendo el velo delicado
para la nueva esposa,
con grata melodia
y voces de alegria
todo resuene el arteson dorado.
Jamas á tan hermosa
deidad en dulce ardor has inflamado,
y como linda honesta,
al tálamo dispuesta
de Leopoldo dichoso:
que ni el blason que hereda glorioso
de la ilustre Alemania
y belicosa Hungria,
precia en mas, que la mano de Maria.
Las Ninfas del Sebeto cristalino
con acento divino
cantan, como la vieron
en cuna de marfil que ellas mecieron,
y como la enseñaron
las primeras razones que escucharon

pronunciar dulcemente
con labio balbuciente,
y los juegos pueriles
de sus bellos Abriles;
hasta que el cielo decretó que vaya
á la española playa,
dando paso oportuno
los ceruleos estanques de Neptuno.
De Nayades un coro,
pulsando con el plectro cuerdas de oro,
en las orillas del Danubio amenas
que mueve entre metales sus arenas,
conciertan por las anchas praderias
mil danzas y harmonías,
celebrando al esposo;
y él, no sufriendo á su pasion reposo,
con ellas alternando
repite, suspirando
en amante deseo:
ven Hymeneo, ven. Ven Hymeneo.
No asi las de mi patrio Manzanares,
que en otro tiempo ufano
salpicó el verde llano
de perlas que vertia,

las veces que sus margenes veia
florecer con la planta
de la divina Infanta.
Hoy, llenas de amargura,
su ruego importunandola, procura
detener la partida,
diciendo con acento doloroso:
»Como la flor que en el vergel umbroso
nace en sitio ignorado,
de espinas guarnecida,
ni la toca el arado,
ni de planta mortal se ve ofendida:
con blanda lluvia crece
y el sol sus frescos tallos reverdece,
los cefiros la orean,
virgenes y mancebos la desean;
mas quando ya cortada
pierde el aroma y la color preciada,
ni las virgenes bellas,
ni los mancebos que la amaron antes
la buscan anhelantes.
Asi mientras intactas permanecen
las jovenes hermosas,
son de todos queridas;

pero si en las delicias amorosas
de nudos conyugales
olvidan los rubores virginales,
ni los aplausos ni el amor merecen
de niños ni doncellas."
Esto en vano la dicen, que el destino
la llama á las orillas
del Istro deleytosas,
que su semblante han de gozar divino,
y alli se escuchan voces sonorosas
que repiten cantando:
»Qual vid desamparada,
inculta y sola y sin robusto arrimo,
sus esteriles ramos dilatando,
inutil crece y vive despreciada,
no enriquecida de su fruto opimo;
mas si á un olmo galan tiende los brazos
y entorno le circunda
con amorosos lazos,
bella se torna y prospera y fecunda:
asi la virgen que los años pierde
en soledad esquiva,
asi la que gozó de su edad verde,
en dulce union, la gloria fugitiva.

Oh! ven, alta Princesa!
que el cielo se interesa
en dar á la virtud premios debidos,
quando suene agradable á tus oidos
la risa bulliciosa
de un generoso Infante,
á sus progenitores semejante:
que arbolando algun dia,
en fiera lid dudosa,
los temidos pendones
con águilas augustas y leones,
dará mas timbres á su estirpe clara.
Austria y Castilla le serán deudoras
de los triunfos que Marte le prepara,
si acaudilla sus huestes vencedoras. »
Mas ya el Héspero viene:
corre estrella veloz, ¿que te detiene?
Bajad los pabellones
oh! Cupidos! y echad los aldabones
á las doradas puertas,
que ya presente veo
el instante feliz. Ven Hymeneo.

ROMANCE.

Don Sancho en Zamora.

Por la ribera del Duero
tres ginetes cabalgaban,
caballeros castellanos
de gran nombradia y fama.
Trotones llevan ligeros
y ganosos de batalla,
de acero luciente armados
desde la frente á las ancas.
El ayre manso tremola
pendoncillos de sus lanzas,
la de enmedio va en la cuja,
los del lado la enristraban.
Martinetes y garzotas
en las penacheras altas
coronan dorados yelmos,
que al rayo del sol brillaban.
Sobre los quijotes penden
de los tiros las espadas,
y al mover de los caballos
iban sonando las armas.
Con escarces y bravura

llegan batiendo la estrada:
mirando van á Zamora,
á Zamora y sus murallas.
En ellas la plebe observa,
los ricos hombres y damas,
que quedan, aunque contrarios,
de su apostura prendadas.
De todos son conocidos
quando las viseras alzan,
que ese noble Rey Don Sancho
es el que en el medio marcha.
Y los que van á sus lados,
puestos á son de batalla,
eran la flor de Castilla:
el de Vibar y el de Lara.
De pechos sobre una almena
mira y llora Doña Urraca,
con un delgado alfareme
está cubriendo la cara.
Por la muerte de su padre,
que ya en el cielo descansa,
leonado color se viste
y negro mongil arrastra.
Sus escuderos y dueñas

mesurados la acompañan:
ellas traen ricas patenas,
ellos flojas martingalas.
Y quitando el antifaz,
la voz un poco levanta
y á su hermano le decia,
que se detiene á escucharla:
Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
el hardido en las batallas:
valiente contra una débil
muger, sin culpa, y tu hermana.
¿Asi del Rey nuestro padre
la disposicion se guarda?
Oh! malhaya el caballero
que al finado no le acata!
Sufren Elvira y Garcia
los rigores de tus armas,
y allá en Toledo á los moros
favor Alfonso demanda.
Quando debiera Castilla
libertar á toda España,
con foso cercas mi muro,
tu hueste mis campos tala.
Y Azarques y Sarracinos

en Segovia juegan cañas,
y en Zocodover con cifras
resplandecen sus adargas.
Y guarte, no llegue el dia
que dandoles tu la causa,
vengan á beber su yeguas
del Duraton y el Arlanza.
Ambicionando lo ageno
que tu padre nos dejára,
con los cristianos aceros
viertes la sangre cristiana.
Oh! quanto fuera mejor
esas iras emplearlas,
contra quien viera lo que es
unido, el poder de España!
Eso mismo quiero yo,
responde Don Sancho, Infanta.
Mi padre erró, juzgue el mundo.
Soy Rey. Esto digo y basta.
Entonces ella quejosa
prosiguió con voces altas:
ah! soberbio castellano
el de la amarilla vanda.
El de grabado gorjal

y rapacejos de plata,
el de la dorada espuela
que yo le calzé, ¡cuitada!
¿Quien creyera que tizona
contra mí se desnudara,
quando cabezas de Reyes
pensé me diera por arras?
Esto espére del amor
la muger apasionada.
Bien sé lo que merecí,
bien sé como se me paga.
Don Rodrigo de Vibar
con la color demudada,
turbado la respondiera,
formando mal las palabras:
Señora, sirvo á mi Rey,
tu afan me pesa en el alma;
lo demas hizolo amor,
contra amor ninguno basta.
Entre multitud plebeya
Bellido Dolfos estaba,
hijo de Dolfo Bellido,
muy artero de asechanzas.
Y dixo: á pesar del Cid

no irá á sus tiendas mañana
el Rey Don Sancho con vida,
si mil vidas me costára.
Oyendo tales razones,
con semblante y vista airada,
arremetió su caballo
Don Diego Ordoñez de Lara.
Traydores sois, Zamoranos,
dice en voz tremenda y alta,
y os lo haré bueno en el campo,
cuerpo á cuerpo y lanza á lanza.
Arias Gonzalo al oir
que á su ciudad denostaban,
caballeros, los del Rey,
gritó; no digais infamia.
Que hay hidalgos en Zamora
de nobleza tan preciada,
que ni en virtud ni en valor
otro alguno los iguala.
Y en quanto al reto, mis hijos
viven, y si honor los llama,
caballeros de mi sangre
estiman la vida en nada.
Esto dijo Arias Gonzalo:

y con astucia villana,
el traydor Bellido Dolfos
se apartó de la muralla.

O D A.

A los ojos de Dorisa.

Ojos hermosos
de mi Dorisa:
yo os ví al reflejo
de luces tibias...
¡Noche felice,
no te me olvidas!
Turbado y mudo
quedé á su vista,
susto de muerte
me atemoriza,
y solo huyendo
pude evadirla.
Ojos hermosos:
yo asi vivia,
quando Amor fiero
gimió de envidia.
Quiso que al yugo

la cerviz rinda,
y os me presenta
con pompa altiva,
una mañana,
quando ilumina
Febo los prados
que Abril matiza.
Vi que con nuevas
flores se pinta
el suelo fertil,
la cumbre fria:
los arroyuelos
libres salpican,
sonando roncos,
la verde orilla:
gratos aromas
el viento espira,
cantan amores
las avecillas.
Ojos hermosos:
yo me aturdia,
quando me ciega
luz improvisa,
con mas incendios

y mas ruïnas
que si centellas
Jupiter vibra.
Nunca posible
será que diga
que pena entonces
me martiriza.
¡Que feliz era,
que bien hacía
mientras huyendo
sus fuegos iba!
Ojos hermosos:
si conocida
á vos os fuese
vuestra luz misma,
ó en el espejo
la reflexiva
tanto mostrara,
conoceriais
que estrago al orbe
se le destina,
bien con enojos,
bien con delicias.
Ay! como atraen,

como desvian,
como sugetan,
como acarician!
Piedad, hermosas
lumbres divinas,
de quien amante
os solemniza.
Y si á mi verso
la suerte amiga
dá, que en el mundo
durable exista;
aplauso eterno
haré que os siga,
y en otros siglos
dareis envidia.

S O N E T O.

Desengaño de Amor.

Verás, me dijo el flechador tirano,
el extremo de gracia y hermosura
mayor que miró el mundo: criatura
que en la tierra desmiente el ser humano.
Yo te concedo amarla: por que ufano

blasonar puedas en tu audaz locura,
que ninguno adoró deidad tan pura,
y presumirlo es pensamiento vano.
No por belleza igual Marte suspira:
los Dioses de sus orbes no han bajado
por Ninfa tal, que adoracion inspira.
Ni tanta perfeccion han celebrado
la griega, ausonia, ni la etrusca lira...
Mas nunca esperes merecer su agrado.

O D A.

El arroyo.

Vagaba por los montes
un arroyuelo humilde,
jamas acostumbrado
á salir de su linde.
Vinieronle deseos
de ver el mar horrible,
movido de las cosas
que de él la fama dice.
Y con ocultos pasos,
entre espadaña y mimbres,
hizo que por el valle

sus aguas se deslicen.
Ya que llegó á la orilla
que las ondas embisten,
los peligros le asustan,
los golfos y las sirtes.
Y quando ver creia
palacios de viriles,
y en trono de corales
Neptuno y Amfitrite;
Halló las bramadoras
tempestades terribles,
cadáveres y tablas
de naves infelices.
Atrás volver el paso
quiso; pero lo impiden
erizados peñascos,
montes inaccesibles.
Sin amparo en la tierra,
el de los cielos pide:
¿hubo marinos Dioses
que él no invocase humilde?
Pero á su ruego sordos
la súplica no admiten:
que haber suele ocasiones

en que el llanto no sirve.
Asi sucede al hombre,
que su quietnd despide,
y á los vicios se entrega
que halagüeños le brinden.
Que al verse aprisionado
entre pasiones viles,
salir intenta, quando
salir es imposible.

O D A.

Fuga inútil.

Armaba Amor el arco
para con el tirarme,
yo en fuga presurosa
evitaba su alcance.
Y quando me creia
seguro, por los ayres
vino un dardo y mi pecho
pasó de parte á parte.
Riose Amor, y dijo:
necio, huir es en valde,
que mis flechas alcanzan
de poniente á levante.

SILVA.

Al Conde de Aranda, Capitan general y Presidente de Castilla.

Quando mis versos á la edad futura,
el tiempo perdonandolos, trasciendan,
(que el verso inmortal dura)
y las gentes entiendan
las alabanzas que me inspira Febo,
de este Scipion, de este Licurgo nuevo;
de admiracion pasmadas
quedarán, recorriendo
las edades pasadas:
con afan, entre muchas, distinguiendo
las prendas que tu mérito engrandecen,
ilustre Aranda. Y si al saberlas crecen
mas sus admiraciones:
varon sublime, exclamarán, seria
aquel que merecia
tantas aclamaciones:
que hizo feliz la edad que le ha logrado,
que el mundo aun por su fama le respeta,
que fue tan venerado,

que tanto asunto en él halló el poeta.
No fue, Señor, obsequio reverente,
ni ficcion ingeniosa y elocuente
la que ha de hacer durables tus blasones;
glorias son verdaderas.
No las dudeis naciones,
no, ciertas fueron, gentes venideras.
Callaré tus primeras
juventudes, que dieron
claro indicio de tí: quando supiste
en una y otra hazaña,
las fieras huestes gobernar de España,
bajando á Italia, que temió su estrago
mas que quando rompió los Alpes frios
el heroe de Cartago;
y ya depuestos militares brios,
á los muros que el Vístula corona,
paz y amistad llevaste.
El hijo de Filipo,
no hallando á tu virtud premio que baste,
quiso, cerrado el templo de Belona,
el cargo aligerar de tanto imperio
en que egercita el mando,
de tu sublime rectitud fiando;

y uno y otro emisferio
te vé de la española monarquía
numen justo, benigno y poderoso,
y ella por ti feliz: patrocinada
de los temidos filos de tu espada.
La gran Madrid ornato y alegria
te debe, y paz. Su pueblo numeroso,
al ver que riges las sobervias gentes,
de lenguas y costumbres diferentes,
con facil yugo, tus aplausos canta
y á tu nombre levanta
monumento inmortal, en donde unidos
coronan tu trofeo
la espada, la balanza, el caduceo.
En tu escuela instruidos
los alumnos de Marte
templarán con prudencia la arrogancia,
(que el valor se desluce en la ignorancia),
y siguiendo el católico estandarte,
siendo tu su caudillo esclarecido,
será el nombre temido
de la nacion hispana
por quanto ilustra el sol y el mar rodea.
Que ya te vió la gente lusitana

en pertinaz pelea
desordenar falanges poderosas,
y las torres de Almeyda en llama ardiendo,
atropellar sus quinas generosas,
vencer terrible, y perdonar venciendo.
Otros, al son de citara süave,
los ánimos feroces
templen con estudiadas armonias:
otros, honor procuren, imitando
bellezas naturales,
dando espíritu al lienzo y piedras frias,
ó velen calculando
de los astros la máxima distancia,
ó del mundo el origen y la infancia:
que reprimir con ánimo prudente
la malicia insolente,
dar justísimas leyes á la tierra,
en paz segura prevenir la guerra,
ocupar en virtud la larga vida
que ya le tiene el cielo prometida,
(temido y grato á la nacion que manda)
estas las artes son del grande Aranda.
Dicte celeste Musa
moral ficcion y número elegante,

á quien aspire á merecer corona
por alegrar la multitud confusa
con el cómico verso: otros, calzando
el cecropio coturno,
suspendan los sentidos en nocturno
espectáculo trágico que inventa
Melpomene sangrienta.
Otro repita con acento blando,
entre olorosas flores,
el dulce lamentar de dos pastores:
otro ensalce los timbres que engrandecen
á Hesperia belicosa;
que si tanto merecen,
Aranda insigne, los esfuerzos mios
y docil á mi voz se presta Apolo,
tu bastas á mi cítara. Tu solo
serás por mi cantado,
con alabanza justa,
que ha de triunfar del tiempo arrebatado,
y de la envidia, y de la parca adusta.

ROMANCE.

Abdelcadír y Galíana.

Ya cabalga Abdelcadír

quando Febo se escondia:
noche en que acuerda el cristiano
el natal de su Mesias.
Y sin temor de rebatos
el fuerte moro se anima,
contra las leyes de Marte,
á darle á Amor pruebas fijas.
Era el gallardo africano
el campeon de la morisma,
Alcayde en Guadalajara,
y adalid de su milicia.
Galan danzando la zambra,
diestro en cañas y sortija,
y su esfuerzo era el asombro
de entrambas á dos Castillas.
Galíana de Toledo,
muy hermosa á maravilla:
la mora mas celebrada
de toda la moreria.
Boca de claveles rojos,
alto pecho que palpita,
frente eburnea, que adornó
oro flamante de Tybar.
Esta, con sus ojos bellos

y atractivos de su risa,
tiene el corazon del moro,
y toda el alma cautiva.
Cada vez que á verla va,
una vereda practíca,
que desde Guadalajara
hasta su jardin le guia.
Nueve noches vive ausente,
que las nieves lo impedian;
mas ya no puede sufrir
zelos que su pecho agitan.
Ese famoso Bernardo
que del Carpio le apellidan,
sobrino del Rey Alfonso,
joven de grande valia,
Á Leon viniera entonces
triunfante de Francia altiva:
el Emperador vencido,
y arrolladas sus insignias.
Mató á Roldan encantado,
cuerpo á cuerpo, en lid reñida,
y la espada Balisarda
sacó de su sangre tinta.
El Rey cristiano su tio

con embajada le envia
á el toledano Abencír,
y á Galíana su hija.
Grandes presentes llevaba,
de joyeles de alta estima,
y un rico brocamantón,
cosa que par no tenia.
El broquel de Durandarte
con Belerma alli esculpida,
y la almádana espantosa
que á Urgel de la Maza quita.
Con esto, y cien estandartes
de las naciones vencidas,
sale de Leon Bernardo
con muy gran caballería.
Abdelcadír arde en zelos,
que de ello tuvo noticias,
y teme que el leonés
no le interrumpa su dicha.
Mandó sacar de sus anchas
y hermosas caballerízas,
su yegua, la mas veloz
que produjo Andalucía.
Es fama que la alhazana

del raudo cefiro es hija,
y le vence en la carrera
quando al padre desafia.
Dos cristianos curan de ella
y á recaudo la tenian:
Nuño Fernandez de Salas,
Fortun de Lara, Garcia.
Las crines y riendas de oro
con la izquierda mano asidas,
sin poner pie en el estribo,
ayroso el bárbaro brinca.
Lanza toma de dos hierros
que acicalados lucian:
en sangre de sus contrarios
no pocas veces teñida.
Dos alas en el escudo
pintó, que al sol se encaminan,
con una letra que dice:
alas mi amor necesita.
El bonete á quien adorna
tembladora argenteria,
con plumas gualdas y azules,
al lado diestro derriba.
Debajo del alquifá

jaco apretó y coracinas,
que le diera Jayra, hermana
de Abenragel de Zorita.
Desde el hombro pende al lado
de aceradas cadenillas,
presa con el almayzar,
cimitarra damasquina.
Y en señal de estimacion
se puso la manga rica
que le bordó Galíana,
de inestimable quantía.
De perlas y de rubies
recamada y de amatistas:
que la aprecia el moro en mas
que á Zeca y Meca y Medina.
Toma el oculto camino
por la senda conocida,
de alhazor y de carrizos,
de retamares y olivas.
Ah! Galíana cruel!
iba diciendo con ira,
plegue á Aláh que á tu lindeza
tu inconstancia no compita.
Bella Infanta de Toledo,

¿por que á un cristiano te inclinas?
pagando á tu amartelado
con rigores y falsías.
Mas ya cierra negra noche
de vendaval y ventisca:
larga la apetece el moro,
y obscura la necesita.
Ah! míseros amadores,
que os da el peligro osadía
y la esperanza os convierte
los afanes en delicias!
Ligero, mas que el Henares,
caminaba por su orilla,
en la vega deleitosa
que sus aguas fertilizan.
Inclina el rostro de lejos
á Meco, la santa villa:
que le acuerda la que tiene
del Profeta las cenizas.
Pasa en silencio el lugar
donde el secreto peligra,
que en sus lomas le repite
Eco, la parlera Ninfa.
Huyó la antigua Alcalá,

torciendo un poco la via
por la cuesta de Zulema,
entre sus breñas erguidas,
Ya de Titulcia atraviesa
los olivares y viñas,
donde Jarama á Tajuña
aguas y nombre le quita.
Vadeando pasa el rio,
aunque sobervio venía,
y en medio de sus toradas
cruza galopando y silba.
Saluda del nuevo sol
la luz que se descubria,
y durante su carrera
mas vagaroso camina.
Deja á un lado los majuelos
que enriquecerán á Esquivias,
y á otro el inculto Aranjuez,
hoy jardin de Falerina.
Ya llega á la alta Borój,
ayre toledano espira,
y á la yegua el fuerte moro
mas la acosa y mas la pica.
Las llanuras atraviesa,

parte á carrera tendida,
suelta al ayre el alquicél,
da en el codon la mochila.
Jamas olimpico circo
vió escapada tan lucida;
si es quien le conduce amor,
este si que es buen auriga.
Siguiendo el dorado Tajo,
entre copadas encinas,
á Moceyo dejó atrás
despues de la arida villa.
La noche su negro manto
extiende callada y fria,
y solo el viento se escucha
que los arboles agita.
Llega en paz, amante moro,
y el vano temor disipa:
que los hechos temerarios
á las mugeres obligan.
Ya está en Toledo, y oculto
busca entre la sombra amiga,
de su Princesa adorada
los alcazares que habita.
Ella impaciente le aguarda:

habla á solas y suspira,
y maldice el temporal
que asi dilata su dicha.
Por los dorados andenes
vaga inquieta, y no se enfria:
quien sabe lo que es amor,
si esto es imposible diga.
Pomposo zaragucél
de blanco túan vestia,
hasta el morado chapin,
con muchos pliegues y listas.
Labrada con gran primor
lleva una marlota encima,
la mitad era turquí,
la otra mitad amarilla.
Un velo sobre el tocado,
que un peyne de nacar riza,
colgando el sutil cendal
con invencion nunca vista.
Verde liston ó diadema
su frente hermosa ceñia,
con zafiros y balages,
y una media luna encima.
Rojos corales al cuello,

fragante y sutil camisa,
y un apretador azul
con dos lazos que pendian.
Llegando el moro al umbral
pequeño pito tañia,
otro le responde adentro
y el postigo facilitan.
Y atando la yegua al tronco
que un ancho moral cubria,
sube por un caracol
con la esclava Geloïra.
Qual fue de los dos amantes
el saludo y bienvenida,
juzguelo, quien apartado
de sus amores suspira.
Solo la fama contó:
que asi que llegó á su vista,
quedó el moro satisfecho
de los zelos que traia.
Vanse á abrigado retrete
de persianas alcatifas,
dorado guadamecí,
cañamazos y ataugía.
Oculto perfumador

de mármol, ambar espira,
y el alto zaquizamí
desde el suelo aromatiza.
Hay rico escaño de alherce
y un blando almadraque encima:
alli reposan, y en dulces
miradas su gozo explican.
La esclava se retiró:
y entre dos almas tan finas,
el amor, la soledad
y la noche, ¿que no harian?

SONETO.

A D. Juan Bautista Conti, por su excelente traduccion italiana de la primera Egloga de Garcilaso.

Las bellas Ninfas del undoso rio
en que halló cristalino mauseolo
el hijo audaz del rubicundo Apolo,
quisieron escuchar al cisne mio.
Y dijo Febo: el instrumento fio
á tu destreza, oh! joven! pues tu solo

desde el oro del Tajo al de Pactólo
llevarás de este amor el cruel desvío.
Cantaste Conti, y á tu voz volvieron
atónitas las ondas á escucharte
las quejas de Salicio en son toscano.
Lampecia y sus hermanas no sintieron,
mientras cantabas con dulzura y arte,
el precipicio del perdido hermano.

O D A.

Amor aldeano.

Hoy mi Dorisa
se va á la Aldea,
pues se recrea
viendo trillar.
Sigola aprisa:
quantos placeres
Mantua tuvieres,
voy á olvidar.
Que ya no quiero
mas dignidades:
las vanidades
me quitó amor.

Ni fama espero,
ni anhelo á nada;
solo me agrada
ser labrador.

Voy amoroso
para servirla,
quiero seguirla
por donde vá.

Verá el hermoso
trigo amarillo,
luego en el trillo
se sentará.

Yo iré con ella
y el diestro brazo
en su regazo
reclinaré.

La Ninfa bella
me dará vida
agradecida,
viendo mi fé.

De esotros trillos
que esten mas lejos
los zagalejos
me envidiarán.

Mil Cupidillos,
viendo á la bella,
entorno de ella
revolarán.
Yo alborozado
con dulces sones,
tiernas canciones
la cantaré.
Ni habrá cuidado,
ni habrá fatiga,
que con mi amiga
no aliviaré.

EPIGRAMA.

Correccion oportuna.

Anda, que con un indiano
se casa Marica Perez;
pero es indiano que vá,
que no es indiano que viene.

CANCION.

Dorisa ausente.

Enfin, Dorisa, enfin, ¡que te partiste
de mi presencia y aun me tiene vivo
la angustia del terrible sentimiento!
quando el fiero dolor que yo recibo
en el cuitado corazon y triste,
descanso no me da por un momento.
Oh! bárbaro tormento!
oh! rigurosa ausencia!
cuya dura violencia,
aunque de mil temores prevenida,
es mucho mas de lo que fué temida;
y aun mi pasion desesperada siente
que no acabe mi vida,
la vida odiosa, que aborrezco ausente.
Con tanto afan y tanto desconsuelo
paso las horas y molestos dias
y las noches larguísimas velando:
el llanto baña las megillas mias:
tiene mi queja importunado al cielo
y enfadanse los hombres escuchando
mi triste acento. ¿Quando

vendrá señora mia
el suspirado dia,
en que á mis ojos tu belleza pura
los colme de placeres y ventura,
y yo, admirando tu gentil presencia,
te logre ya segura,
sin mas peligro de temer ausencia?
Jamas tortola amante y lastimada,
en los opacos olmos y fresnedas
llora al consorte que robó la muerte,
con mas gemidos que estas arboledas
oyen de mi voz ronca, fatigada,
y en invocarte cada vez mas fuerte.
Y de la misma suerte
me deja el sol partiendo,
y me encuentra volviendo,
amortecido del dolor pasado:
habiendo, en larga noche, derramado
lágrimas tristes. Que al tormento mio
el sueño le es negado,
ni á mi se acerca, silencioso y pío.
Pero es mayor mi pena, quando veo
el oro relumbrar de tus balcones,
con la serena luz del nuevo dia.

Ay! tristes ojos llenos de aflicciones,
quantas veces os alza mi deseo,
pensando que alli está como solia!
Y hallandose vacía
mi gloria y mi contento,
te sigue el pensamiento
por anchas calles, templos suntuosos,
sobervios espectáculos vistosos,
donde te hablé y seguí continuamente,
y afectos engañosos
imaginan que estás alli presente.
Mas luego los parages conocidos
me dan tristeza, si esperanzas dieron:
(propia fortuna de infeliz amante)
y como el bien me acuerdan que tuvieron,
padecen nueva angustia mis sentidos,
y se me representa en el instante
tu celestial semblante,
placentero y modesto,
y aquel amor honesto
tan dificil de hallar, que tu has hallado:
tu vista vencedora y dulce agrado:
el labio hermoso de encendida grana,
y el hablar delicado,

que otra cosa parece mas que humana.
Si de la humilde tierra al alto asiento
de Olimpo rutilante
las voces de un amante
llegan, ¡Dios ciego! el de las flechas de oro
cuenta á la bella que doliente adoro,
(antes que ausente de sus luces muera)
los afanes que lloro;
que ella me amara, si penar mi viera.

O D A.

Á los dias del Coronel D. Josef Cadahalso.

Hoy celebro los dias
de mi dulce poeta,
del trágico Dalmiro,
blason de nuestra scena.
Venga la hermosa Filis
y mi Dorisa venga,
Dorisa, la que canta
con la voz de Sirena.
Brindaremos alegres
hasta perder la cuenta,
en las tazas penadas,

del oloroso nectar.
Ó si mas nos agrada
la antigua usanza nuestra:
muchachos diligentes,
sacad la pipa añeja.
Y en aquel mar de vino,
como naves de guerra,
naden con altas asas
las anchas tembladeras.
Bienhayan nuestros padres,
que en sus bárbaras mesas
bebieron con toneles,
brindaron en gamellas.
Asi hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
los cuidados molestos
que la vida atropellan.
Y si viene la muerte,
en semblante severa,
no podrá ya quitarnos
la celebrada fiesta.
Pues si para evitarla
no sirve la tristeza,
y es su venida al hombre

tan pronta, como cierta;
Brindemos muchas veces
el tiempo que nos queda:
dancemos y cantemos,
y déjala que venga.

SONETO.

Modestia de Dorisa.

Baja los ojos mi Dorisa hermosa
por no mirarme, con vergüenza honesta,
y en muy breves palabras dá respuesta
á una larga cuestion, artificiosa.
Mas si de enamorada ó de curiosa
los vuelve á alzar, y halla mi vista puesta
siempre en la suya; tímida y modesta
vuelve á bajarlos, ni moverlos osa.
Y al encontrar los suyos con los mios,
de purpureo color el rostro bello,
con rubor casto y virginal, enciende.
Y la añaden tal precio sus desvíos,
que ni pienso arribar á merecello,
ni hay voz que diga lo que el alma entiende.

ODA.

La vida poltrona.

Ahora que he comido
aun mas que un troglodita,
y como un sybarita,
ó un tudesco, he bebido,
y el cielo obscurecido
en el Diciembre helado
tiene el suelo mojado,
y la tarde es pesada,
y el teatro me enfada
por tanto desatino:
echame otra vez vino,
y tiendeme la cama,
muchacha remolona,
y sobre mi persona
la manta palenciana
de veinte y cinco libras
(que es tara de mosquete)
y desde el pie al copete
envuélveme, chiquilla.
El llover me molesta,
y dormiré una siesta

poltrona á maravilla.
Y si algun majadero
viene, no hay que llamarme,
que despertar no quiero,
si no para acostarme.

O D A.

El nido de Amor.

El hijo de Venus,
el falso Cupido,
entróse en mi pecho
quando era yo niño.
Los ojos cubria
de un volante sirio,
aljaba en el hombro
sonaba con tiros.
Batió sus alitas
de luces y visos,
y al lado siniestro
fabríca su nido.
Alli se me esconde,
y alli es su retiro:
de Chypre se olvida,

de Pafos y Gnido.
Pero en tales fuegos
ardió el pecho mio,
que abrasó sus alas:
volar no ha podido.
Yo mísero, lloro,
lamento y le digo:
¿que placer encuentras,
aleve Cupido?
Ó bien afrentado,
ó ya compasivo,
lleva tus incendios
á lugar mas digno.
Hiere á los que nunca
rindió tu dominio:
que apenas soy sombra
de lo que ya he sido.
Y si tu me pierdes,
(dejame decirlo)
¿quien habrá que ensalce
tus hechos invictos?
Este acento débil,
este canto mio,
es la mayor gloria

que tienes, Cupido.
Con ellos aplaudo
los ojos y rizos,
la mano tornatil,
el pie pequeñito,
La boca fragante
y el hablar divino
de la Ninfa mia:
y asi, hermoso niño,
Esfuérzate, y vuela
á pechos altivos,
y rinde los heroes;
que yo ya me rindo.

SILVA.

Al Infante D. Gabriel de Borbon. Durante la guerra de España con Marruecos.

Celestes Musas de belleza eterna,
que las altas virtudes
engrandeceis con métrica armonía:
dadme la que solía
citara lesbia resonar Alceo,
ó la lira dulcísima de Orfeo.

Garzon real, con atrevido canto,
lleno ya de su espíritu, levanto
sobre el círculo azul de las estrellas.
El joven Gabrïel, á quien las bellas
Gracias de nardo y mirto coronaron,
quando á Venus miraron
dar suspiro doliente y amoroso;
mientras él, de su afan no cuidadoso,
los bosques del Parnaso y la espesura
amó, y sus lauros, y su fuente pura.
Virtud en él reside generosa,
que admira el emisferio.
¡Alma real, dignísima de imperio!
¿Si cantaré primero la hermosa
tez sonrosada, los cabellos de oro,
ó el fulgor de sus ojos rutilantes?
¿ó si la gentileza y gallardía,
que Libia con temor está mirando;
mal segura en sus huestes arrogantes
y su caballería?
Suenan las trompas y horridos cañones,
y al viento tremolando
verde pendon, que á dura lid excita,
de el dueño de dos mundos

el pueblo de Ismael la saña incita.
Y en tanto que su gente numerosa
llevar intenta á desigual batalla;
si acuerda de Gabriel el ardimiento,
duda cobarde en su dorado asiento
el fiero Ben Audalla:
no mande el padre que sus armas guíe,
y el Africa arenosa
reduzca á sugecion y vil tributo,
quando á vencer le envie,
y á los muros de Fez y Tarudante
estragos lleve, y escarmiento, y luto.
Tanto promete en años juveniles
el generoso Infante,
que las prendas unió de sabio y fuerte,
huyendo el ocio y sus deleytes viles.
Tanto la patria espera,
y oh! cisnes de Helicona!
mirad quan digna al numero y al canto
os da ocasion su mérito sublime:
que ya de las injurias le redime
del tiempo y de la muerte,
y de lauros eternos le corona.

ROMANCE.

Consuelo de una ausencia.

Ausentabase Alboraya
de los muros de Madrid:
la mora que mas hermosa
plegó almayzar tunecí.
Blanca, rubia y colorada,
con los ojos de zafir,
en la zambra muy maestra,
en el adufe y lilí.
Á despedirla salió
el gallardo Abenozmin,
un morillo que á la bella
la sacó fuera de sí.
En las cañas y sortija
el mas diestro y mas gentil,
el que de un golpe divide
la jarameña cerviz.
Servia á la mora el moro,
y rendidos en la lid,
enviaba á sus mazmorras
los cristianos mil á mil.
Sobre un alhazan cabalga

hijo de Guadalquivir,
y le fulmina al tocarle
el acicate sutil.
Lleva adornado el bonete
con hebras de oro de Ofir,
digo, con rubios cabellos
que prendió su dama allí.
Las plumas y martinetes
confunden colores mil,
y al cielo estrellado imita
rica marlota turquí.
El corvo alfange suspende
de el bordado tahalí,
muchas veces vencedor
en el alcanze y la lid.
Pintó en la adarga de Fez
un corazon de carmin,
con un mote que decia:
hasta el corazon te dí.
Preciosa cadena de oro,
sobre el pecho, en un viril,
cuelga el retrato adorado
entre el diamante y rubí.
Tan bizarro salió el moro,

que las damas de Madrid
ni dejan los miradores
ni le cesan de aplaudir.
Él, viendo ya de las puertas
su linda mora salir,
escaramuzando entorno
la saludaba gentil.
Correspondiole agradable,
diciendole: Abenozmin,
Aláh sabe lo que siento
esta jornada infeliz.
Si sabes corresponder
á lo que verás en mí,
de tu amor el premio puedes
á tu voluntad medir.
Para probar los amantes
(prueba que nunca temí)
es oportuna la ausencia;
ausencia que tiene fin.
Sí, como dices, me adoras,
no te debes afligir,
pues conociendome mas
muestras la fé que hay en tí.
Humilde responde el moro:

gallarda señora, asi
permita el cielo que venza
en batalla al fiero Cid,
Como yo seré constante;
aunque lluevan sobre mí
mas desdichas, que al cristiano
le causó nuestro Tarif.
Aláh te guie, pues sabes
con ingenio tan sutil,
esperando merecer,
hacer la ausencia feliz.

ODA.

El premio del canto.

Dame la limetilla
con el Pedro Jimenez,
Dorisa, si me pides
que tus años celébre.
De este nectar los Dioses
en sus convites beben,
y en copa de oro á Jove
le sirve Ganimedes.
Este licor süave

dà furores alegres,
disipando del alma
inquietudes crueles.
Este licor el númen
para cantar enciende;
y así, mientras de rosa
me corono las sienes,
Y añado cuerdas de oro
á la lira luciente,
para que al plectro docil
son delicado preste:
Dorisa, si me pides
que tus años celébre,
dame la limetilla
con el Pedro Jimenez.

O D A.

La poesia inmortaliza á la hermosura.

Dorisa, el dulce verso armonïoso,
por Apolo dictado,
á los que enciende con sagrados fuegos
ciego Cupido el corazon amante,
no solo obliga á amar á los presentes

la hermosura por ellos ensalzada;
pero á los no nacidos.
Del músico del Ponto el abundoso
númen, nos ha mostrado
quan grata fué Corina en dulces juegos.
Hoy enamora Cintia, y la inconstante
Lesbia, cantada en versos elocuentes.
Némesis y Lycoris celebrada,
cautivan los sentidos.
Quien oye atento el son tierno, amoroso,
del cisne laureado,
quisiera ver la causa á tales ruegos,
y al mirar que su mérito levante
con gracias no comunes á las gentes,
la Ninfa de la Sorga es adorada
por siglos repetidos.
Esto mismo, con verso numeroso,
intento enamorado,
y celebrar de mis errores ciegos
la causa bella: que en la edad distante
tus prendas se conozcan excelentes,
dama gentil, y vivas admirada
con aplausos debidos.

EPIGRAMA.

Laudable templanza.

Ayer convidé á Torquato:
comió sopas y puchero,
media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato.
Doyle vino, y respondió:
tomadlo, por vuestra vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro á beber yo.

ODA.

El sueño.

Hay una gruta
en la olorosa
Alcarria umbrosa,
entre zarzales
y peñascales
de humilde arroyo,
que en sus honduras
suena aguas puras,
y coge el Arlas

para llevarlas
al rico Tajo
que está allá abajo.
La gruta enfrian
los cefirillos,
que entre tomillos
vagan soplando.
Muy transparente,
quasi á la entrada,
de agua filtrada,
(la qual resuda
la peña ruda)
poza ha formado
el destilado
humor deshecho:
que desde el techo,
cayendo grato
de rato en rato,
forma sonido
blando al oido,
y hace pompillas
en las orillas.
A guarecerme
de ardiente siesta

niño y cobarde
llegué una tarde,
de angustia lleno
y acalorado.
Llevé en el seno
diversas flores
que dan olores,
y recostado
con pueril ceño,
süave sueño
me dejó en calma
la debil alma:
las florecitas
de las manitas
se me cayeron.
Luego vinieron,
trayendo corvas
largas tiorbas,
las nueve hermanas
niñas lozanas,
muy amorosas.
Rojos claveles,
lirios y rosas,
forman cayreles

al pelo de oro:
que con decoro,
esconde á trechos
los albos pechos
como la nieve.
Arrullo leve
de la que alterna
tortola tierna
oygo, y suspiro,
y en sueños miro
que las doncellas
de flores bellas
me dan corona,
y de Helicona
y aonia fuente
bañan mi frente.
Erato hermosa,
que á Venus canta
con gracia tanta,
su dulce boca
une á la mia,
y alli imprimia
ardiente beso,
con muy travieso

abrazo junto.
Desde aquel punto
quedé inflamado
y enamorado
süavemente.
Iras y horrores
del fiero Marte
vayan aparte;
solo la risa
de mi Dorisa,
y el cerco ondoso
de oro precioso
que orna su frente,
y la hermosura
celeste y pura,
que absorto admira
el universo,
canta mi verso,
suena mi lira.

SONETO.

Dorisa en trage magnífico.

¡Que lazos de oro desordena el viento,

entre garzotas altas y volantes!
¡que riqueza oriental, y que cambiantes
de luz, que envidia el sacro firmamento!
¡Que pecho hermoso, dó el Amor su asiento,
puso, y de allí fulmina á los amantes:
absortos al mirar sus elegantes
formas, su delicioso movimiento!
¡Que vestidura arrastra, de preciado
murice tinta, y recamada entorno
de perlas que produjo el centro frio!
¡Que extremo de beldad, al mundo dado
para que fuese de él gloria y adorno!
¡Que heroico y noble pensamiento el mio!

CANCION.

A D. Pedro Napolí Signorelli, autor de la Historia crítica de los teatros.

De Febo las hermanas,
Melpomene y Talía,
los bosques dejan y la verde yerba:
ya cultas ciudadanas,
absorta las oía
la celebrada Atenas de Minerva,

y Apolo las reserva
en Roma la triunfante,
proscenio, en que sonoros
alternaron los coros,
donde el coturno lydio se levante,
y las catorce gradas
de togados Quirítes ocupadas.
Mas ya tremendo suena
el implacable godo,
armado de furor, espanto é ira.
Oh! bárbara cadena!
Cede á su impulso todo:
destruye y tala quanto el orbe admira.
Ya pálido retira
el miedo á ambas hermanas:
el tiempo las oculta
y en olvido sepulta,
al rigor de las armas inhumanas;
hasta que en aurea copa
brindó con santa paz alegre Europa.
De el Tibre vió la orilla
lucir restablecidos
los teatros, con mármoles de Paro,
y en la rica Sevilla

ingenios escogidos
dieron nuevo esplendor al Betis claro.
El Sena dió su amparo
á entrambas dulces Musas,
el Danubio hondo rio.
y el Támesis umbrio;
mas aun amedrentadas y confusas,
procuran monumento
de las injurias de la edad exento.
Entonces tú, Pierio,
digno alumno de Apolo,
ilustre é inmortal le has erigido.
Un reyno y otro hesperio,
admiran que tu solo
las Musas consolar hayas podido;
á fin de que el olvido
no su gloria consuma,
y en los siglos futuros
los aplausos seguros
gocen, que deben á tu docta pluma,
de la Fama en el templo:
para durable admiracion y egemplo.

O D A.

Todos son locos.

Burla y desprecia el joven
los juegos de los niños,
y el ya varon se rie
de lo que joven hizo.
Estos, al viejo insultan,
rezador y aburrido,
que en su dictamen terco
no se allana á sufrirlos.
Ninguno se retracta;
y yo en discordia, digo:
que todos razon tienen,
que todo es desatino.

O D A.

Al Duque de Medina Sydonia.

Ay! no á la herculea enfermedad rendido
y al acerbo dolor, con mil afanes
te postres, oh! mi dueño esclarecido,
blason de los Guzmanes!
No asi te entregues á la pena dura

con quejas, que amansáran mares bravas,
que á mi tu siervo, tu feliz hechura,
el corazon me clavas.
Por que eres la mitad del alma mia
y me la tiene tu afliccion confusa:
acorde union, sagrada simpatia
de la divina Musa.
Y si fuese, ay! dolor! que á los humanos
el cielo te robára, ¿que pudiera
hacer sin tí? Pusierame en las manos
de Lybitina fiera.
Un mismo dia á entrambos igualára:
ni el imperio del orbe y de sus bellas,
opulentas coronas, me estorbára
para seguir tus huellas.
¿Ni que hiciera la España generosa,
de quien eres el lustre y la grandeza,
huerfana inconsolable, en dolorosa
y funeral tristeza?
Sus cisnes sin amparo y de la avara
suerte quejosos, en comun lamento,
¿á quien hallar pudieran, que apreciára
su armonioso acento?
¿Quien cantará las Ninfas y Pastores

y el bosque umbroso lleno de frescura,
donde Venus habita y los Amores,
faltando tu dulzura?
No el Numen, de mi voz importunado,
lo consiente: los años inmortales
de la fenix te tienen acordado
las lumbres celestiales.
Y asi será, que inspiracion divina
me lo anuncia: no engaña mi deseo,
ni error cabe en la mente que ilumina
espíritu febeo.
Y aunque el dolor te cause ofensa dura,
tu le amenoras con valor estoyco:
no siente, no, como la plebe obscura
el corazon heroyco.
Vive, Señor, de tu consorte hermosa,
idolatrada, en los honestos lazos,
y temple tus afanes amorosa
con sus dulces abrazos.

SONETO.

Amor constante.

Dos veces vi la hermosa primavera,

de rosas y jazmines coronada,
que la hicieron cantando á la alborada
mil avecillas, salva placentera:
Dos veces vi las mieses en la era,
y al padre otoño la cabeza ornada
de pampanos alegres, y la helada
bruma dos veces empañó la esfera:
Despues, Dorisa, que tus ojos bellos
dieron al triste corazon cuidado
y redes me tegieron tus cabellos.
El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
no tus rigores, que amedrenta el vellos...
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

QUINTILLAS.

Fiesta de Toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso
que al Rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso,
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.
Su bravo Alcayde Aliatar,
de la hermosa Zayda amante,

las ordena celebrar:
por sí la puede ablandar
el corazon de diamante.
Pasó, vencida á sus ruegos,
desde Aravaca á Madrid.
Hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
en las cifras y libreas,
mostraron los amadores,
y en pendones y preseas,
la dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos muchas de ellas:
las mas apuestas doncellas
que España entonces tenia.
Aja de Jetafe vino
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraycel de Alcabón.
Jarifa de Almonacid,

que de la Alcarria en que habita
llevó á asombrar á Madrid,
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.
De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí,
dos, cada qual mas hermosa,
y Fatima la preciosa
hija de Ali el Alcadí.
El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo entorno resuena.
La bella Zayda ocupó
sus dorados miradores
que el arte afiligranó,
y con espejos y flores
y damascos adornó.
Añafiles y atabales,
con militar armonía,
hicieron salva y señales
de mostrar su valentía
los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros,
junto al puente que se llama,
por sus peces, de viveros:
Como los que el vulgo vió
ser lidiados aquel dia,
y en la fiesta que gozó,
la popular alegría
muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
y á Tarfe tiró por tierra,
y luego á Benalguacil,
despues con Hamete cierra
el temerón de Conil.
Traía un ancho liston
con uno y otro matiz
hecho un lazo por ayron,
sobre la inhiesta cerviz
clavado con un arpon.
Todo galan pretendia
ofrecerle vencedor
á la dama que servia:
por eso perdió Almanzor

el potro que mas queria.
El Alcayde, muy zambrero,
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatár,
que aunque tres toros ha muerto,
no se quiere aventurar:
por que en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.
Mas viendo se culparia,
va á ponersele delante:
la fiera le acometia,
y sin que el rejon la plante
le mató una yegua pía.
Otra monta acelerado:
le embiste el toro de un vuelo,
cogiendole entablerado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pie que encontrára,
el circo desocupando,

y emplazandose, se para,
con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir:
la plebe grita indignada:
las damas se quieren ir,
por que la fiesta empezada
no puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo;
quando un portero que llega
de la Puerta de la vega,
hincó la rodilla, y dijo:
Sobre un caballo alhazano,
cubierto de galas y oro,
demanda lícencia urbano
para alancear á un toro
un caballero cristiano.
Mucho le pesa á Aliatár;
pero Zayda dió respuesta
diciendo, que puede entrar:
por que en tan solemne fiesta
nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,

quando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero,
Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube:
qual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja,
entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follages,
de una cristiana primores,
por los visos y celages
en el yelmo los plumages
vergel de diversas flores.
En la cuja gruesa lanza,
con recamado pendon,
y una cifra á ver se alcanza
que es de desesperacion,
ó á lo menos de venganza.
En el arzon de la silla

ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice á la orilla:
nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
el bruto mas generoso,
de mas gallardo ademan:
cabos negros, y brioso,
muy tostado, y alhazan.

Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narizes dilatadas,
vista feróz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que dá Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo,
mas bella estampa de bruto,
ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
los ojos que le veían
lleva prendados de amor:
Aláh te salve, decian,
déte el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente:
todos quieren que se exíma
del riesgo, y él solamente
ni recela, ni se estima.
Las doncellas, al pasar,
hacen de ambar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y azahar.
Mas quando en medio se para,
y de mas cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara
y asi la dice, y suspira:
Señora, sueños no son:
asi los cielos vencidos
de mi ruego y afliccion,
acerquen á mis oidos
las campanas de Leon,
Como ese doncel que ufano
tanto asombro viene á dar
á todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vibar,

el soberbio castellano.
Sin descubrirle quien es,
la Zayda desde una almena
le habló una noche cortés:
por donde se abrió despues
el cubo de la Almudena.
Y supo, que fugitivo
de la corte de Fernando,
el cristiano, apenas vivo,
está á Jimena adorando
y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
con frecuentes correrías
y todo entorno la cerca:
observa sus saetías,
arroyadas, y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
que en medio de aclamaciones,
el caballo ha detenido
delante de sus balcones,
y la saluda rendido.
La mora se puso en pie
y sus doncellas detrás:
el Alcayde que lo vé,

enfurecido además,
muestra quan zeloso esté.
Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
no habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero,
y algunos le llaman Cid.
Crece la algazara, y el
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel:
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta gala asombrado,
y al rededor le ha observado
sin moverse de un lugar.
Qual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió:
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió,
Brama la fiera burlada:
segunda vez acomete,

de espuma y sudor bañada,
y segunda vez la mete
sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento,
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido:
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás;
para que la fuerza sea
mayor, y el impetu mas.
El que en esta ocasion viera
de Zayda el rostro alterado
claramente conociera,
quanto la cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.
Mas, ay! que le embiste horrendo

el animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
del Caucaso cavernoso
se desgaja, estrago haciendo,
Ni llama, asi, fulminante,
cruza en negra obscuridad
con relampagos delante,
al estrepito tronante
de sonora tempestad:
Como el bruto se abalanza
en terrible ligereza;
mas rota, con gran pujanza,
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.
La confusa voceria
que en tal instante se oyó
fué tanta, que parecia
que honda mina rebentó,
ó el monte y valle se hundia.
A caballo como estaba,
Rodrigo, el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba:
en su lanza le clavó
y á los balcones llegaba.

Y alzandose en los estribos,
le alarga á Zayda, diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo;
Si no os dignaredes ser
con el benigna, advertid,
que á mi me basta saber,
que no le debo ofrecer
á otra persona en Madrid.
Ella, el rostro placentero,
dijo y turbada: Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.
Y besando el rico don,
para agradar al doncel,
le prende con aficion
al lado del corazon,
por brinquiño y por joyel.
Pero Aliatar el caudillo
de envidia ardiendo se vé,
y tremulo y amarillo,
sobre un tremecen rosillo

lozaneandose fué.
Y en ronca voz, Castellano,
le dice: con mas decoros
suelo ya dar de mi mano;
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
qual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra,
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.
Así, dijo el de Vibar,
respondo, y la lanza al ristre
pone y espera á Aliatar;
mas sin que nadie administre
órden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
su muerte ó prision pedia;
quando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompeteria.
Entre la Monclova y soto
tercio escogido emboscó,
que viendo como tardó

se acerca, oyó el alboroto,
y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
por la puerta á su señor
y Zayda á le despedir,
iban la fuerza á embestir:
tal era ya su furor.
El Alcayde, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó disimulando,
y por el Parque florido
salió con el razonando.
Y es fama, que á la bajada,
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

SILVA.

Al Capitan General D. Pedro Ceballos: por su gloriosa expedicion á la Colonia del Sacramento.

Musa, cantemos al varon glorioso,

cuya fama sonando
viene de las mansiones de occidente:
de donde su corriente
vierte el Janeyro, raudo y espumoso.
El gran monarca hesperio,
desde el trono que ocupa, gobernando
al universo que le está adorando;
miró en otro hemisferio
menospreciar sus leyes,
y á la santa amistad con saña dura
rasgar la respetable vestidura:
la fé publica hollada,
implorar los auxilios de su espada
y belica justicia,
y llamando al blason de su milicia,
ve y vence, dijo, al luso fementido;
y fué al punto el monarca obedecido.
Por que ardiendo el soberbio castellano
con el ansia marcial de la victoria,
ganoso de alta gloria,
su armada entrega al movil oceano.
Corre al mar con presteza
el valor de la hispanica nobleza.
La juventud del Ebro, la que alegre

baña sus cuerpos en el Cinca y Segre,
y oh! Duero! de tu orilla,
la flor de los guerreros de Castilla.
El ancho Guadïana,
y el que en los montes de Segura mana,
Guadalquivir famoso,
alistaron su pueblo belicoso.
Y al escuchar la trompa resonante,
la ribera del Jucar abundante
y la del Tajo con arenas de oro,
dejan sus hijos, (que detiene en vano
de anciana madre el lloro)
por el puerto de Alcides gaditano.
Levan el ancla y el cañon horrendo
con pavoroso estruendo
anuncia el buen viage,
que Neptuno concede en feliz dia,
y de Nereydas grata compañía,
nadando alegres por las crespas olas,
va siguiendo á las naves españolas.
Ya surcan las marinas
del ardiente Brasil, rico de minas,
llevando desde Europa
la fortuna de Carlos en la popa;

y ya ocupando la enemiga tierra
que al lusitano encierra,
quiere la suerte que su vista asombre,
(valiendo por egércitos su nombre)
al invasor audaz: pues viendo apenas
de sus altas almenas
tremolar los pendones de Pelayo,
que listan cruces de oro,
á sus gentes turbó mortal desmayo.
Cobarde abandonó la rica presa
y usurpado tesoro
la fugitiva hueste portuguesa,
alas la dió el temor; mas la seguia
el adalid de España,
que el paso la estorbó de la montaña,
y á su patria y su Rey dió en aquel dia
nuevo renombre y gloria,
coronado del arbol de victoria.
Oh! Carlos! si la paz que siempre anhelas
no le reduce á deponer la espada,
verás, que ya la América humillada,
tu gran caudillo las hinchadas velas
soltando al viento, el pielago profundo
surca otra vez con resonante proa

hasta el opuesto limite del mundo.
Alli tus leyes llevará triunfante,
tus armas y pendones:
sugetando á tus pies fieras naciones,
con nuevos timbres, que la fama cante.

ODA.

Súplica despreciada.

Erato, dulce Musa,
que con sonoras voces
cantas del ciego niño
delicias y rigores:
Dictame aquellos versos,
que al son de lira acorde,
modulaba festivo
el teyo Anacreonte.
Asi dige, y la Ninfa
con agrado escuchome;
mas Cupido la mira
y el perfido ríóse.
De este amante, la dijo,
me alegran los dolores:
no permitas que cante,
yo le mando que llore.

SONETO.

Amor platonico.

No fue la rica, inestimable trenza,
que al oro excede en las tartesias minas,
ni el matiz de encarnadas clavellinas
que el rostro enciende en virginal vergüenza,
Ni aquella boca, que si á hablar comienza,
ambar exhala entre las perlas finas,
ni aquellas luces del amor divinas,
causa bastante que mi pecho venza;
Mas solo el yugo fue que me asegura,
tanta virtud y un alma soberana
que ensalza al grande autor de tal hechura.
Ni amé cosa mortal, ni la tirana
segur del tiempo, perfeccion tan pura
puede volver en leve sombra y vana.

EPIGRAMA.

Saber sin estudiar.

Admirose un portugues
de ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supiesen hablar frances:

Arte diabolica es,
dijo, torciendo el mostacho,
que para hablar en gabacho
un fidalgo en Portugal,
llega á viejo, y lo habla mal;
y aqui lo parla un muchacho.

CANCION.

A Pedro Romero, Torero insigne.

Citara aurea de Apolo, á quien los Dioses
hicieron compañera
de los regios banquetes, y oh! sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
no es tiempo que reposes:
alza el divino canto y la acordada
voz hasta el cielo osada,
con eco que supere resonante
á el estruendo confuso y vocería,
popular alegria,
y aplauso cortesano trïunfante,
que se escucha distante
en el sangriento coso matritense
en cuya arena intrepido se planta
el vencedor circense,

lleno de glorias que la fama canta.
Otras quiere adquirir, y asi de espanto
y de placer se llena
la Villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
y se corona en tanto
de bizarros galanes sin segundos
y atletas furibundos
el ancho amfiteatro. Alli se asoma
todo el reino de Amor, y la hermosura
que á Venus desfigura,
y no hay humano pecho que no doma,
(baldon de Grecia y Roma)
y en opulencia, y aparato hesperio,
muestra Madrid quanto tesoro encierra
corte de tanto imperio,
del mayor soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
mancebo, que la vista
lleva de todos su altivez mostrando,
ni hay corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
desprecia el riesgo que le está esperando:
le va apenas ornando

el bozo el labio superior, y el brio
muestra y valor en años juveniles
del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafio:
¡con quanto señorio!
¡que ademan varonil! ¡què gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
en medio con braveza,
que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan fieramente
en Colcos embestido
por los toros de Marte, ardiendo en llama,
como precipitado y encendido
sale el bruto valiente
que en las margenes corvas de Jarama
rumió la seca grama.
Tu le esperas, á un Numen semejante,
solo con debil, aparente escudo,
que dar mas temor pudo:
el pie siniestro y mano está delante,
ofrecesle arrogante,
tu corazon que hiera, el diestro brazo
tirado atrás con alta gallardia;
deslumbra hasta el recazo

la espada, que Mavorte envidiaria.
Horror pálido cubre los semblantes,
en trasudor bañados,
del atonito vulgo silencioso:
das á las tiernas damas mil cuidados
y envidia á sus amantes:
todo el concurso atiende pavoroso
el fin de este dudoso
trance. La fiera que llamó el silbido
á tí corre velóz, ardiendo en ira,
y amenazando mira
el rojo velo al viento suspendido.
Dá tremendo bramido,
como el toro de Fálaris ardiente,
hacese atrás, resopla, cabeoea,
eriza la ancha frente,
la tierra escarba y larga cola ondea.
Tu anciano padre, el gladiator ibero
que á Grecia España opone,
con el silvestre olivo coronado:
por quien la aspera Ronda ya se pone
sobre Elis, y el ligero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
cediendo al despeñado

Guadalentin: tu padre, que el famoso
nombre y valor en tí vé renovarse,
no puede serenarse;
hasta que mira al golpe poderoso,
el bruto impetuoso
muerto á tus pies, sin movimiento y frio,
con temeraria y asombrosa hazaña,
que por nativo brio
solamente no es bárbara en España.
¿Quien dirá el grito y el aplauso inmenso
que tu accion vocifera?
si el precio de tus méritos pregona
la envidia, con adorno á la extrangera,
que dice: en el extenso
mundo, ¿qual Rey que ciña la corona,
entre hijos de Belona
podrá mandar á sus vasallos fieros,
(como el dueño feliz de las Españas)
hacer tales hazañas?
¿Qual vencerán á indomitos guerreros
en lances verdaderos,
si estos sus juegos son y su alegria?
Oh! no conozca España que varones
tan invencibles cria!

Rogadselo á los cielos oh! naciones!
Y tu, por quien Vandalia nombre toma
qual la aquiva Corinto,
(ni tal vió el circo maximo de Roma)
si algo ofrece á mi verso el Dios de Cinto,
tu gloria llevaré del occidente
á la aurora, pulsando el plectro de oro:
la patria eternamente . . . .
te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

SONETO.

Atrevimiento amoroso.

Amor, tu que me diste los osados
intentos y la mano dirigiste,
y en el candido seno la pusiste
de Dorisa, en parages no tocados.
Si miras tantos rayos, fulminados
de sus divinos ojos, contra un triste,
dame el alivio, pues el daño hiciste,
ó acaben ya mi vida y mis cuidados.
Apiadese mi bien. Dila que muero
del intenso dolor que me atormenta;
que si es tímido amor, no es verdadero:
Que no es la audacia en el cariño afrenta,

ni merece castigo tan severo
un infeliz, que ser dichoso intenta.

O D A.

En elogio de las niñas premiadas por la Sociedad economica de Madrid.

No pido, sacro Apolo,
la trompa penetrante,
que pende en las columnas
de porfido y de jaspe.
Pues no cantar intento
fatigas militares,
las armas y varones,
banderas y estandartes.
¡Que coro de doncellas,
hermosas en semblante,
en manos oficiosas
y en zelo infatigables:
Con premios y preseas
hoy miro congregarse,
de Mantua en el alcazar!
de Mantua, que es su madre.
Asi dige, y la Fama
volando por el ayre,

con su clarin de plata
pronuncia voces tales.
Su olimpica palestra
la Grecia ya no ensalze,
ni carros disparados
desde la eléa carcel.
Que España la dichosa,
España, la triunfante
bajo el augusto Carlos,
al mundo saber hace:
Que no solo la ilustran
sus fuertes capitanes;
sino hasta lo mas tierno
del sexo bello y fragil.
Esa puericia honesta,
que es la virtud su esmalte,
y el ocio vil y torpe
bajo su planta yace:
Huyó las anchas plazas,
las populosas calles,
los tratos licenciosos,
las danzas y donayres.
Fué de su casa al templo
quando el lucero sale,

y antes que el alba asome,
ya á casa se retrae.
En ella se egercita
de Palas en las artes,
y así como la Diosa
vencer pudiera á Arachne.
Artificioso torno,
sonoro, está delante,
que provida acomoda
con manos virginales.
No forma tal susurro
de abejas el enjambre.
ni es mas grata al oido
la citara süave.
Añade á su armonia
purísimos cantares:
con ellos se divierte,
la alivian y distraen.
El pie sin descubrirse,
llevando los compases,
hace volver la rueda
en giros circulares.
Escarmenado copo
del lino que la place

coge en sútiles dedos,
de rosa y azahares.
Y en delicadas hebras
hace que se dilate:
en hebras invisibles,
en hebras no palpables.
Discipulos de Apeles,
alumnos de Timantes,
la doncella española
así ha de retratarse.
No la pinteis moviendo
el cuerpo en torpe bayle,
con lujos peregrinos,
vedados á sus madres.
Sino al trabajo atenta
sin perder un instante,
llenas de rubor casto
sus luces adorables.
Huyendo, roto el arco
y arpones penetrantes,
al pérfido Cupido,
y á su alevosa madre.
Con miedo y reverencia,
ante ella se retraen,

los ojos libertinos
del atrevido amante.
Las matronas del pueblo
y ancianos venerables,
por nuera la apetecen
y su virtud aplauden.
Como aroma de Arabia
que el pebetero esparce,
así vuela su nombre:
qual bálsamo fragante.
Felicidad se espera
que de ella se propague:
las prendas de tal hija
son gloria de sus padres.
Toma, doncella, el premio
debido á tus afanes:
corona merecida
de tu virtud constante.
Y quando las tareas
con tonos acompañes,
canta al piadoso Carlos
y su estirpe adorable.
Canta, como desean
verter por él su sangre,

sus claros españoles,
guerreros y leales.
Naciones enemigas
de España, formidable,
cubrid la faz adusta
con sombras y celages.
Que si un tiempo la visteis
belicosa y triunfante,
hoy se ilustra: esto solo
la hará temida y grande.
Y si esforzada y docta
cultiva nuevas artes,
su gloria, su potencia
crecerán admirables.
Esto dijo la Fama.
Vos, de la patria padres,
¿es cierto, ó quiere Febo
dulcemente engañarme?
Mas ya el eco resuena
por plazas y por calles,
y tal vez al anuncio
exceden las verdades.
Y en tanto que de vuestro
zelo debe esperarse,

quanto el arado rompa,
como la mano labre:
No os desagrade el rudo
concento disonante,
si aplaudiendo virtudes,
vuestro mérito aplaude.
Que al paso que se aumenten
primores inmortales,
ya sucederán cisnes
que mas sonoros canten.

O D A.

Amante felíz.

Vencí, vencí, Cupido,
madre Venus, Amores,
la celestial Dorisa
ya por fin apiadose.
Ceñidme de guirnaldas,
coronadme de flores
y deshojad los mirtos
sobre mi frente joven.
Yo vi los claros ojos
vibrando resplandores,
que entre negras pestañas

amorosos se esconden.
Yo vi la hermosa boca,
que respiraba ardores,
y fragantes aromas
y el nectar de los Dioses;
Pronunciar entre perlas
suavísimas razones,
que el pecho me colmaron
de un consuelo sin nombre.
Dichosas mis fatigas
y mi ardimiento noble,
que merecer pudieron
tan ricos galardones.
No, Aurora, te apresures
á humedecer los montes,
ni á Febo le permitas
que con su luz los dore.
Haz que su carro vuelque
y dilate la noche,
y eternamente cubra
de tinieblas el orbe.
No desveles tan presto
á los cansados hombres:
deja que ellos sosieguen,

y que un amante goce.

ROMANCE.

Empresa de Micer Jaques Borgoñon. Dirigida al Duque de Medina Sydonia.

En la Villa que Pisuerga
con diafanas ondas ciñe,
por alcazares reales,
entre huertas y jardines,
Gran palenque se dispone
de alta barandilla y firme,
para la sangrienta liza
que publican los clarines.
Oye, magnífico Duque,
á ingenio esteril y humilde,
las hazañas del linage
de que dichoso naciste.
Está la esparcida arena
dispuesta á marciales lides:
el pueblo anhelante corre,
anchos andamios oprime.
Alto solio se levanta
para el grán Rey que preside,
con manto real, que adornan

esmeraldas y amatistes.
Y Don Alvaro de Luna,
Gran Condestable, le sigue,
algo inferior: escarchados
de aljofar los borceguies.
Y de rica orfevreria
lleva un collar de oro insigne,
que el Rey de Aragon le diera,
estimado en mil florines.
En su magnífico estrado
de brocados y tapizes,
Isabel de Portugal,
Reyna de Castilla, asiste.
En dos trenzas alheñadas
la hermosa crencha divide,
que en los hombros se recogen
con dos lazadas turquies.
Muy garrida, al lado suyo,
color de purpura viste,
Blanca, Infanta de Navarra,
muger del Príncipe Henrique.
Ambas están rodeadas
de las damas que las sirven,
de meninas y donceles,

y dueñas con sus mongiles.
Salió la Condestablesa
con preciosos faldellines,
y una aljuba á la morisca
de cuchilladas sutiles.
El Príncipe, en rico escaño,
entre Cerdas y Manriques,
y Don Beltran de la Cueva
muy en años juveniles.
Al son de bastardas trompas,
de un pabellon que se erige
en un canton de la plaza,
con damascos y ormesies:
De todas armas armado,
salió un guerrero terrible,
á quien de la frente al pie
pavonado acero viste.
Era de bronce el escudo,
y en frances la letra dice:
que deja el alma cautiva
en los ojos de Amatilde.
Á un corpulento frison
los anchos lomos oprime,
con paramentos de malla,

y aun las riendas que le rigen.
Plumage azulado obscuro,
que sacude si se engrie,
y al fuerte batir del casco
dirán que la tierra gime.
El mantenedor valiente,
despues que el palenque mide,
alta la visera, al Rey
con voz atrevida dice:
Rey Don Juan, si mis hazañas
llegaron á estos confines,
sabrás quien soy, y si nó,
tú y tus vasallos oidme.
Jaques de Lalaing me llamo,
de antigua prosapia insigne:
que soy noble y borgoñon,
de mi empresa se colige.
Soy General de las armas,
y del Senado sublime
de Borgoña, y Camarlengo
de su gran Duque Felipe.
En mil justas y torneos
logré victoria dificil,
y á tu corte generosa

por el lauro último vine.
Concedeme, pues, que en ella
rete, emplace, y desafie,
á todos tus caballeros
de los que mas se distinguen.
Esto, en público pregon,
con trompeta se repite:
sordo rumor se difunde,
mucho furor se reprime.
Iba el Rey á responder;
mas por la calle que sigue
desde el Ochavo á San Pablo
resonaron ministriles.
Y entre el vulgo que le cerca
un caballero distinguen,
que ansioso de pelear
llega al palenque, y le admiten.
La lanza, así como entró,
pasó de la cuja al ristre:
banderilla verdegay,
tremolan los ayres libres.
El generoso caballo
despuntó los tamarices
del Tajo en la verde orilla,

entre cespedes y mimbres.
Los ojos son de esmeralda,
el color de blanco cisne,
la cola joyante seda,
y hasta el estribo las crines.
Entró tan galan el joven,
que sin poder reprimirse,
los unos le vitorean
y los otros le bendicen.
Va un pagecito delante
cuyos años no son quince,
de azul, amarillo y plata,
color del dueño á quien sirve.
Lleva embrazado el escudo
y el peso apenas resiste,
con siete cercos al canto
de acero bruñido y firme.
Todos del aventurero
alta esperanza conciben,
y sospechan que secreta
licencia alli le encamine.
Él poniendose delante
de los Reyes, hace humilde
arrodillar al caballo,

y que la cabeza incline.
Las doncellas de la Reyna
se alzaron en pie á aplaudirle;
pero una el rojo clavel
trocó en blancos alhelies.
Es fama que era la bella
de los Toledos insignes,
Condes de la casa de Alba;
con mas encantos que Circe.
Amor descubrió un secreto
que muchas riendo envidien;
en tanto que los padrinos
el sol á entrambos dividen.
Micer Jaques borgoñon,
gallardo español, le dice,
alegra vuestra presencia
de tal modo á quien os mire,
Que aun yo, con ser extrangero
y enemigo que os compite
me prendo de ese valor;
y si gustais de decirme
Quien sois, lo tendré á merced:
pues sabiendo con quien lidie,
ó vencido, ó vencedor,

será mi suerte felice.
Noble frances, le responde
el español, tu me rindes
antes con tu cortesia,
que la dura lanza vibres.
Don Diego soy de Guzman,
de tan generosa estirpe,
que no es mas ilustre aquella
que en real dosel nos preside.
Micer que oyó que es Guzman
y los conoce, concibe
gran recelo, el trance teme;
cauto disimula, y dice:
Hermosísimo garzon:
quanto siento, no es creible,
el que exponiendote así
tan poco tu vida estimes.
Por conservarte á tu Rey
combatiré y por servirte,
hasta la primera sangre;
despues te dejaré libre.
Sentido Guzman, responde:
todo tu esfuerzo apercibe
hasta matarme ó morir,

que así en Castilla se riñe.
Y revolviendo las bridas
hace al caballo que brinque,
y con denuedo y braveza
escaramuzando gire.
Á media rienda galopa,
le sosiega y le reprime:
tomó gran parte del campo
y hace á Micer que le imite.
Don Juan de Guzman, de la alta
Medina Sydonia insigne
primer Duque, y de su casa
escuderos y adalides,
Con los de su acostamiento,
la valla redonda ciñen:
llevando dobles corazas
bajo ropas carmesies.
Y en caso de rompimiento
procuraron prevenirse:
que un extrangero en España
halla siempre quien le admire.
Mas ya el Condestable avisa,
y sonaron añafiles:
los dos fuertes caballeros

con impetu fiero embisten.
Temblaron ambos caballos,
y ellos en la silla firmes:
cerca Don Diego á Micer
y á lanzadas le persigue.
Pero viendo el borgoñon
que en su caballo consiste
la desventaja, y Guzman
tanto en el suyo confie,
Matarsele pretendió:
sacó la lanza del ristre,
que arrojada, al noble bruto
hijo del viento, dirige.
Pero al ver el castellano
venir el golpe terrible,
revuelve el veloz caballo
con prontitud de una tigre.
Y aunque á su salvo pudiera
alancearle y herirle;
como hidalgo se portó,
como Guzman y Ramirez.
Jaques quitó del arzon
la partesana que esgrime,
y Don Diego, á cuchilladas

trabandose, le recibe.
El frances de un solo golpe
quiso que la accion termine:
alza los brazos en alto,
Guzman que le aguarda finge;
Pero picando al caballo
que dé en vacío consigue,
Micer al suelo cayó
mal asido de las crines.
Ya está el español á pie:
entrambos á voces piden
hachetas de desarmar
y escuderos se las sirven.
Faltó la esperanza en todos
quando notaron que riñe,
tierno un castellano Adonis
con un borgoñon Alcides.
Al golpe que dá parece
que Marte la espada vibre,
despida Belona el asta,
y Jove el rayo fulmine.
Mas Guzman, egercitando
velocidad increible,
entra y sale, y no hay encuentro

en que el frances no peligre.
El fiero batir confuso
de los aceros que esgrimen,
hace al mas templado peto
que se quebrante y se trize.
Así anduvieron gran pieza;
pero ¿quien sabrá aplaudirte,
oh! Guzman! en esta empresa,
los hechos de armas que hiciste?
Avergonzado Lalaing
de que dura y no se rinde
el joven, con ambos brazos
y quanta fuerza posible
Le fué, le descarga un golpe,
que el eco sordo repite,
haciendole que un instante
desatinado vacile;
Y en la despejada frente
pequeña herida le imprime,
con que el rostro matizó
sangre del segundo Henrique.
Mas no la pisada sierpe
allá en la bárbara sirte,
ni leon que la saeta

sintió en las anchas cervizes,
Lanzando fuego los ojos
y precipitado embiste
por las puntas y los tiros
de fulminante salitre,
Como arremete el Guzman:
da y hiere y tanto resisten
las armas, que la segur
en pedazos se divide.
Tira el borgoñon la suya,
nueva esperanza concibe,
y entrambos los combatientes
desiguales fuerzas miden.
La corpulenta estatura
del de Lalaing se distingue,
que sobre el campeon de España
la altiva cabeza engrie;
Pero si no hay en Castilla
luchador que le compite,
¿de que el cuerpo agigantado
al mantenedor le sirve?
Los dos á brazo partido
asiendose con ardides,
el impulso de sus fuerzas

hace que en círculo giren.
Saltan piezas de las armas,
rompen las hebillas firmes,
nube de polvo los cubre,
de sangre y sudor se tiñen.
Asi como dos montañas
de agua, que en el golfo triste
noto y aquilón impelen,
y hacen que se arremolinen,
Que gran tiempo combatiendo
estremecen todo el linde:
huyen al centro profundo
tiburones y delfines.
Hasta que la menos fuerte
llega al fin á sumergirse,
y esotra los anchos mares
corre, alborotando libre:
Asi combaten los dos;
pero el de Castilla insigne,
siente que el honor de España
en él entonces se cifre.
Y ardiendo en verguenza noble
de heroyco ardor se reviste:
ase de nuevo al frances

y en sus brazos le constriñe.
Y aferrandole la gola
con ambas manos le oprime,
haciendo que el fuerte pecho
descoyuntado palpite.
Dentro del yelmo se escuchan
roncos suspiros y tristes:
cayó á tierra el gran coloso,
dudando todos si aun vive.
Guzman, la rodilla al pecho,
por si piedad no le pide,
saca el brillante puñal,
levanta el brazo invencible.
Pero Don Juan el segundo,
el cetro de oro que rige
tiró ayrado y diligentes
los padrinos los dividen.
Buen Rey, vuestra señoría
perdone, el mancebo dice:
que él es vano y afrentome,
yo soy Guzman, y vencíle.
El Rey dió á Micer la ropa
rozagante que se viste,
y el vencedor medicinas,

y un espléndido convite,
Sus deudos, al son marcial
de atabales y clarines,
le acompañan y conducen
al pie del trono sublime.
Turbado pregunta al Rey,
si habrá mas en que servirle,
y él le respondió: Guzman
como quien eres cumpliste.

O D A.

Grato recuerdo.

Noche postrera
del mes de Marzo,
que última fuiste
de mis trabajos.
Todo tu giro
yo desvelado,
ni envidié el sueño,
ni su descanso.
¡Noche dichosa!
tengo jurado
de venerarte
todos los años,

para memoria
de bien tan alto,
y agradecido
daré holocausto.
Una cordera
yo te consagro,
que entre las altas
yerbas del prado
crece con brincos
y retozando:
de adormideras
y de mastranzos,
tobas y murtas
te la enguirnaldo.
Vosotros finos
amartelados,
que ser felices
vais esperando;
quando tal noche
llegue, alegraos,
y aun obligadla
con el encanto:
para que os trayga
propicios hados.

Yo á sus tinieblas
prometo, en tanto
que el cielo obscuro
doren los astros,
de celebrarlas
con hymno sacro:
pues ellas fueron
las que premiaron
una esperanza
de muchos años,
con las delicias
que gozo y callo.

EPIGRAMA.

Reflexion moral.

La calavera de un burro
mirabа el Doctor Pandolfo,
y enternecido exclamaba:
¡Valgame Dios! lo que somos.

SONETO.

Aplauso á Dorisa.

Bendita sea la hora, el año, el dia
y la ocasion y el venturoso instante,

en que rendí mi corazon amante
á aquellos ojos donde Febo ardia.
Bendito el esperar, y la porfia,
y el alto empeño de mi fe constante,
y las saetas y arco fulminante
con que abrasó Cupido el alma mia.
Bendita la afliccion que he tolerado
en las cadenas de mi dulce dueño,
y los suspiros, llantos y esquiveces.
Los versos que á su gloria he consagrado,
y han de vencer del duro tiempo el ceño,
y ella bendita inumerables veces.

CANTO EPICO.

Las naves de Cortés.

Canto el valor del capitan hispano
que echó á fondo la armada y galeones,
poniendo en trance, sin auxilio humano,
de vencer ó morir á sus legiones:
el que deshizo el trono megicano
á pesar de tan bárbaras naciones,
empresa digna de su aliento solo;
si en verso cabe, y si me inspira Apolo.
Díctame, Musa, como ya cursado

el golfo con borrascas turbulento,
en mil combates vencedor del hado,
fue terror del idólatra sangriento,
y como á Veracruz el nombre ha dado,
edíficada en solido cimiento:
freno á las gentes fieras y remotas,
escala y puerto á las amigas flotas.
Alli sus huestes ordenaba un dia
el gran caudillo, en militar alarde:
asombra la feroz caballería,
tal es el fuego que en los brutos arde:
la robusta y audaz infantería
aliento infunde al pecho mas cobarde,
tocan clarines y las cajas suenan
y en confuso rumor los montes truenan.
Sandoval, entre todos el primero,
se muestra altivo, en un caballo, armado
el pecho y ancas de bruñido acero
y apenas por su dueño sugetado.
Lleva el pavés sin cifra ni letrero:
el peñasco de Amaya en él pintado,
blason de su linage, y por decoro
la banda negra sobre campo de oro.
Robusto el cuello y ancha de cadera,

con lazos en la crin de cintas blancas,
muy briosa de juego y de carrera,
sin temor de arrecifes ni barrancas,
de bordada melania la pechera
y belicos adornos de las ancas,
rige una yegua Pedro de Alvarado:
que á tierra no pasó mejor soldado.
Tirada atrás la roja sobreveste
descubre el peto y espaldar bruñido,
vuelan las plumas de color celeste
sobre el almete de oro guarnecido,
y mostrando quan poco le moleste,
era su empresa el arco de Cupido
roto y la aljaba. En potros jerezanos
le siguen con respeto sus hermanos.
Ordaz, las fuertes armas pabonadas,
fiero en palabras, rigido el semblante,
monta un pezeño y lleva recamadas
de azul y negro las haldetas de ante.
Velazquez con cubiertas adornadas
de plata y borlas, y un leon rapante
que en el adarga por blason traia,
era á los suyos compañero y guia.
Ni serás en mis versos olvidado,

célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
que un corcél cabos negros y melado
gobiernas, y corriendo te alborozas:
el escudo en triangulos cortado,
muestra las rojas bandas de que gozas,
y por timbre mayor, con letras de oro,
el Ave de Gabriel quitada al moro.
Admira tan lucida cabalgada
y pompa militar Doña Marina,
india noble al caudillo presentada,
de fortuna y belleza peregrina:
hacia el casto Aguilar, que entre apiñada,
muchedumbre descubre, se encamina;
primero haciendo, en muestras de obediencia,
á Cortés su señor la reverencia.
Y al llegar dice: oh! caro compañero!
á mi por tus desgracias semejante:
¿no me dirás de este esquadron primero
quien son aquellos que se ven delante?
muchos ya he visto; mas saber espero
patria y nombres, y el mérito brillante
que á tanta empresa sus alientos guia,
y apacible Aguilar la respondia:
Olid, Señora, es este, en blanco armado,

que va escaramuzando largo trecho,
sobre un fuerte bridon azabachado
de moscas blancas salpicado el pecho.
Pacheco, de los otros apartado,
muestra, corriendo al General derecho,
ancha faja de azules cuñas llena,
honor de los señores de Villena.
Najera es aquel rubio, riojano,
diestro en la esgrima, aquel otro Garcia,
á quien sigue el intrepido Lezcano
y Juanes, por quien Turia se gloría,
y Ortiz, cuya vihuela con su mano
tanto enamora en celica armonia,
que estar mas que la tracia mereciera
con diez luceros en la octava esfera.
Aquel membrudo, de mirar sangriento,
que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
vive en la paz, y á los peligros viene:
mirale quan robusto y corpulento,
como blandió la pica y la sostiene,
cota le cubre de dobleces once,
y el escudo con láminas de bronce.
Ese determinado madrileño

es un noble Ramirez de los Vargas,
que mil veces lidiando en duro empeño,
almetes dividió, petos y adargas:
mira en la suya el muro malagueño,
el puente roto, y en hileras largas,
á cañonazos multitud de infieles
muertos, entre marlotas y alquiceles.
Mira aquel batallon de infantería
del aguerrido Heredia gobernado,
que el frances en Italia le temia
quando el Gran Capitan le vió á su lado.
Farfan es aquel joven que blandia
el asta, y de los suyos apartado,
se acuerda triste en leve sombra y vana
de su dulce Sevilla y de Triana.
Soto el de Toro, Olea el de Medina,
son aquellos que ves: aquel Portillo.
Pizarro, á quien del rumbo descamina
de sus primos nuestro inclito caudillo.
Juan es aquel de la coraza fina,
que el Tormes entre juncias y tomillo
le arrulló en la aula de las ciencias sola,
la celebrada Atenas española.
Prosiguiera Aguilar; mas presuroso

llegó batiendo á un tremecen los lados,
Mercado, enardecido el rostro hermoso,
el mas niño de todos los soldados,
noble doncel del adalid famoso:
y apartando los indios admirados,
plaza, gritaba, á la interpuesta gente,
plaza, que pasa el General al frente.

Hacenle salva, y alta vocería
se levanta á los cielos, resonando
gentil descarga de arcabucería,
que hasta Mégico el eco fue zumbando:
atruena la espantosa artillería,
por las concavidades retumbando.
Corral, Volante, con Rangel, ligeras,
abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Clio!
tu alto influjo mi espíritu levante:
¿quien jamás tuvo obgeto como el mio,
ni tan glorioso capitan triunfante?
¡Con que aspecto real y señorío,
se presenta á su egército delante!
oh! que valor ostenta y que nobleza!
y quanta heroycidad y gentileza!

Deslumbra la finísima celada

qual fulgido cristal resplandeciente,
con plumages y ayron empenachada,
que el cefiro halagaba mansamente:
banda le cruza el pecho, recamada
con oro y perlas de la mar de oriente:
pende la espada á la siniestra parte,
ministra de las coleras de Marte.

La gruesa lanza, istriada y rebutida
de barras de metal, lleva en la cuja,
y un pendoncillo ó banderilla asida
que bordó con primor sutil aguja,
y al impulso y veloz arremetida
hace corriendo que al blandirse cruja,
quando con duro y resonante callo
embiste el hermosísimo caballo.

El soberbio animal la crin extiende,
como quien sabe el dueño que pasea,
con agudo relincho el ayre enciende
é indomito y ufano se pompea.
En quanto oh! Betis! tu raudal comprende
por los fértiles campos que rodea,
animal no se vió de igual figura,
ni en tal ferocidad tanta hermosura.

Cortés recorre asi los esquadrones,

con pronta vista y placido semblante,
siendo por ademan y por acciones
á cosa mas que humana semejante,
y exclama, oh! valerosos campeones!
¿qual órgano mortal será bastante
á decir tanta hazaña celebrada,
que el esfuerzo acabó de vuestra espada?
De adverso clima, de enemigos fieros
habeis triunfado con asombro mio.
No ignore España, ilustres compañeros,
quanto la ensalza vuestro heroyco brio.
¿Quienes serán de vos los mensageros
que navegando por el norte frio,
busquen de Europa la distante orilla,
y lleven estas nuevas á Castilla?
Y al Rey Don Carlos, al monarca hispano,
refieran una accion tan señalada,
y como tiene ya por vuestra mano
su España en tierra y nombre duplicada.
Decid primero, como el monstruo insano
de la envidia en Velazquez halló entrada,
y estorbar quiere nobles osadias,
con astucias traydoras y falsías.
Y como á su despecho, y de las olas,

y vencedores del terrible infierno,
vió Cozumel las naves españolas,
y culto en ella el Hacedor eterno:
y en el rio tambien de banderolas,
que de Grijalva descubrió el gobierno,
tomado el puerto, la enemiga tierra
sufrió vencida el peso de la guerra.
Ni ¿como callareis la memorable
batalla de Tabasco y su conquista?
la multitud que opuso formidable
para que nuestros ímpetus resista:
y como en su derrota miserable,
á los campeones que la cruz alista,
paz les pidió medrosa y reverente,
y al yugo inclina la soberbia frente.
Decid tambien, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso, Motezuma,
á quien su inmensa Mégico en precioso
bálsamo adora y entre aroma y pluma,
marchamos á impedir el horroroso
holocausto que al ídolo perfuma,
con víctimas humanas, anhelantes,
corazones y entrañas palpitantes.
Dijo, y á todos timidó recelo

en la respuesta peligrosa ataja,
pues saben que Velazquez con desvelo
por vengarse solícito trabaja,
y cubriendo del mar el ancho velo
desde Cuba al Darien de naves quaja:
cerrando altivo, con velera popa,
los rumbos de la América á la Europa.
Sobre un potro de Córdoba ligero,
que de ayron carmesi la frente ornaba,
con flecos en el verde mosquitero,
Montejo entre los otros se mostraba,
y volviendo al galan Portocarrero
que fino en su amistad le acompañaba,
de malla, y peto, y fuerte lanza armado;
mal reprimiendo á un alhazan tostado:
Joven, le dice, si dejar la guerra
pareciese vileza y cobardía;
no á gozar las delicias de mi tierra
anhelo vergonzoso me desvía:
tantos peligros que ese golfo encierra
y constante desprecia mi osadía,
serán respuesta al que decir intente
que de este suelo tímido me ausente.
Yo solo ofrezco por la gran llanura,

burlando de Velazquez las armadas,
velera nave conducir segura
de España á las riberas apartadas.
Si en tí el esfuerzo que heredaste dura,
si honor pretendes, y á las mas osadas
empresas el que es noble se previno,
en esta adquirirás blason divino.
Sí, le responde, generoso aliento
y amor me excitan á seguir tu suerte:
contigo al mar me entregaré y al viento,
unido á tí, despreciaré la muerte.
Sepa Cortés el atrevido intento:
no padezca el honor, si acaso advierte
que entre tantos caudillos principales
de duda ó de temor se ven señales.
Cerca del Capitan todos estaban
en gruesas y altas lanzas apoyados,
unos en los mosquetes descansaban
y otros en los escudos muy pesados:
del mensage dificil razonaban,
quando ofrecen los dos determinados
llevarle al Rey, volviendo desde España
con nueva gente á hallarse en la campaña.
Entonces de placer alborozado,

Torres el veterano, exclama: oh! cielo!
en cuya proteccion siempre ha fiado
mi patria con solícito desvelo:
no está el brio español tan apagado,
ni en clima tal, ni en tan remoto suelo,
quando aun se admira entre feroces gentes
esta virtud de jovenes valientes.
Oh! mancebos fortísimos! decia,
id á la dulce España, que no espero
ver ya jamás, que al culto de Maria
mi última edad sacrificarla quiero:
y en tanto, al menor de ellos le ceñia
un rico tahali, que en trance fiero
él quitar supo en anchurosa plaza
al Malique Alabéz, ganando á Baza.
Todos los acompañan al navío,
desde cuya alta popa ya tomando
está Anton de Alaminos señorío
del mar, que cede á su timon y mando:
al canal de Bahama y su bagío
la resonante prora enderezando,
por donde nunca se atrevió ninguno
á romper los estanques de Neptuno.
Quando el dañado espíritu que enciende

la discordia y rencor en los mortales,
oponerse al designio audaz pretende
desde los calabozos infernales:
el cavernoso báratro se hiende,
al sentir manifiestas las señales
que larga edad se estan alli temiendo,
y en su amenaza al orco estremeciendo.
En el abismo antigua fama habia,
que la nacion de España vencedora
al catolico yugo humillaria
los reynos del ocaso y de la aurora:
el Príncipe infernal, que conocia
cumplirse los pronosticos ahora,
concilio junta de su negra gente
y asi blasfema en colera impaciente.
¿Con que no solo habeis de ser vencidos
del Angel bello, á cuya lumbre pura
cobardes nos miramos y abatidos,
sino, ¡que horror! de humana criatura?
Oh! espíritus eternos! que atrevidos
fuisteis al Hacedor ¿temeis su hechura?
¿vereis, sin que á furor la ofensa excite,
que un hombre solo mi poder limite?
Mas ay! que ese adalid, el mismo dia

que nacer vimos al sajon Lutero,
nació tambien, para la afrenta mia,
pues pierdo en él quanto en esotro adquiero.
¿Visteis con quan escasa compañía,
mísero, fugitivo y comunero,
le llevó el mar á incognitas regiones
que no vieron Golon ni los Pinzones?
Ya alli los sacrificios no consiente
en que yo contra el hombre, vengativo,
víctima le hago á un tiempo y delincuente,
de vida eterna y temporal le privo,
y alli templo consagra reverente
á la madre del hijo de Dios vivo;
á esa muger, entre las otras pura,
que pisó mi cerviz rebelde y dura.
En ella estriba todo el gran denuedo
de la nacion que favorece y guia:
ella al indio cruel dió espanto y miedo,
por que sin ella ¿España que sería?
Ya miro que la fe de Recaredo
ilustró los antípodas del dia,
y el sacerdote, asombro alli no visto,
baja á sus manos con su voz á Cristo.
Ver me parece en hierros espirando,

abatido, sangriento, á Motezuma,
por ese hombre feróz, digno del bando
que resistió la omnipotencia suma:
mil sugetas naciones, venerando
las nuevas leyes que dictar presuma...
¡Tremendo Dios! ¿tanto favor á sola
la soberbia fierisima española?
Mas no nos acobarde el grande intento,
espíritus rebeldes, que mayores
fueron los nuestros, quando al alto asiento
de Dios llevamos belicos furores;
el ardua empresa excite vuestro aliento,
de ellos mismos nos valgan los rencores:
pues contra España, no hay en la campaña
otro poder, que el de la misma España.
Mientras Narvaez á impedirlo llega,
hinchendo el leste su volante lona,
con sedicion atropellada y ciega
arda iracundo el pueblo de Belona:
dijo, y al punto el báratro se entrega
á horrible confusion, gimió Gorgona,
silban y braman monstruos diferentes,
escamosos dragones y serpientes.
No de otra suerte, ó con menor estruendo,

desquiciandose el polo centellante,
su clara lumbre el cielo obscureciendo,
rebentando el infierno horror tronante,
los astros de sus círculos cayendo,
naturaleza absorta y vacilante,
la tierra temblará y el mar profundo
en la profetizada fin del mundo.
Á los dos mensageros, ya partidos,
el buen viage gritan desde tierra.
Los tosigos de averno enfurecidos
en los animos viles hacen guerra.
Grado, con los Peñates atrevidos,
mal en el pecho su rencor encierra:
busca entre el vulgo apoyos, y el primero,
lenguaráz á la chusma habló Escudero.
¿Hasta quando, infelices, les decia,
durará vuestro engaño? y hasta quando
os cegará la vana altaneria
de ese imprudente, á quien le dais el mando?
No es valor la frenetica osadia,
ni honor se adquiere en perecer lidiando;
¿ni que espíritu basta á la defensa
de quien resiste á multitud inmensa?
¡Que demencia! Los jeques africanos,

ricos, vecinos, moros y valientes,
nuestras playas infestan, y en lejanos
climas lidiamos ignoradas gentes:
sin fatiga pudieramos sus llanos
correr, sus tronos abatir potentes,
sus calabozos despoblar obscuros,
quebrantados de Fez los altos muros.
¿No es afrenta del pueblo bautizado
que esté en prisiones la sagrada Elía,
habiendo sus egercitos llegado
hasta el nadír y el túmulo del dia?
Alli si que catolico soldado,
siendo el zelo de Dios mi amparo y guia,
combatir, padecer fuera mi suerte;
feliz en la victoria, ó en la muerte.
Pero aqui, miserables, ¿que ventura,
que honor, que galardon esperaremos?
triste fin nuestro error nos asegura.
Ay! quan pocos á España volveremos!
Despedazados en la estancia impura
de los deformes idolos seremos...
Seguidme, dijo, al mar. Grita la gente,
cunde el tumulto arrebatadamente.
Como quando en el vasto monumento

ofrenda de Filipo al gran Levita,
de entre los montes desatado el viento
al valle con furor se precipita:
gira en las anchas bóvedas violento,
donde el arte milagros deposita,
temblando el coro, en sus espacios zumba
y el pórtico magnífico retumba:
Asi la zuiza militar en tierra
y á bordo la marítima zaloma,
anuncian ya levantamiento y guerra,
y colera feróz al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazon se encierra
esfuerzo que ningun peligro doma,
las turbas corre y lleno de osadia,
compañeros heroycos, les decia.
¿Que es esto, generosos españoles?
¿que es de vuestro valor? ¿que estoy oyendo?
Vosotros sois de la milicia soles,
á vuestro brazo el orbe está temiendo.
¿Con que vuestras mesanas y penoles
leyes supieron dar al golfo horrendo,
con que osasteis lo mas con alma presta...
¿Ó despreciais lo poco que nos resta?
Pues no lo despreciéis. Alto destino

del hermoso Saucedo en ondas fieras,
el que Sanlucar vió zarpar un dia
adornado de flamulas ligeras,
y el de Godoy tambien, que despedia
grato aroma de antarticas maderas:
el que condujo á Davila violento,
y Arguello, sobre todos corpulento.

El fuerte galeon empavesado
que comandaba Ordáz el arrogante,
su mismo capitan le vé abrasado,
por dar satisfaccion de sí bastante.
Arvenga el levantisco, ha disparado
al branque de otro un tiro fulminante,
y la proa y bauprés desaparecen
en humo y llamas, que sonando crecen.

Blanca paloma entonces, descendiendo
sobre los pabellones, presurosa
hacia Mégico vuela, despidiendo
visos alegres de su pluma hermosa
y al ayre luz purísima esparciendo:
como despues de lluvia impetuosa,
el iris corvo, en el opaco oriente,
finge colores, con el sol enfrente.

Cortés, ambas las manos levantadas,

dice: ya advierto, espíritu divino,
que no de mi fervor te desagradas:
cumplir tu voluntad es mi destino.
Los suyos, empuñando las espadas,
juran no desistir del gran camino
hasta ensalzar, en vez del culto horrendo,
la cruz que tremolada van siguiendo.

O D A.

Disculpa de un error.

Niña, malhaya
mi vida siempre,
si yo lo dige
por ofenderte.
Fulmine el cielo
rayos crueles,
y el mar en ondas
fiero me anegue.
Los elementos
tu injuria venguen,
si yo lo dige
por ofenderte.
Tenme por hombre
falaz y aleve,

nunca me juzgues
por inocente.
Jamás tus ojos
mire yo alegres,
la luz que al orbe
le dan, me nieguen.
En tu desgracia
eternamente,
de tí apartado,
muriendo pene.
Nunca sin odio
de mi te acuerdes,
si yo lo dige
por ofenderte.

ODA.

Madrid antigua y moderna.

Los soberbios palacios
con que oh! Madrid! altiva te engrandeces,
ocupan los espacios
anchos, que en tus niñeces
los arados rompieron tantas veces.
Viñedos y aranzadas
del suelo que ocupaste has apartado,

y hay torres levantadas
donde en tiempo pasado
creció el olivo, á Palas consagrado.
Por donde con el trillo
circularon las yuntas de los bueyes
sobre el haz amarillo,
van dando al orbe leyes
en carro eburneo Príncipes y Reyes.
Fuiste ignorada aldea
y eres cabeza ya de entrambos mundos:
no aparta la febea
luz sus rayos fecundos
de tus tierras y pielagos profundos.
Mas no de la grandeza
presente fies: todo es vanidades,
y acaba quanto empieza,
pues ya en nuestras edades
ni Troya, ni Palmyra, son ciudades.
La Atlantica famosa
se hundió en el mar: voraz el tiempo altera
el globo, no reposa,
no es hoy lo que antes era;
ni ya Tule tampoco es la postrera.

*

SONETO.

Á Dorisa mudable y hermosa.

¿Temes acaso que indignado ahora,
al ver la ingrata y fiera alevosía,
procurando venganza el alma mia
con ira que excitó tu accion traydora:
Acusaré mi voz de engañadora
que ensalzó tu belleza y gallardía,
y diré, que en pintarla procedia,
como todo amador que ciego adora?
Ay! no el exceso fue de mi fineza,
ni mintió el labio con amante anhelo,
quando alabó tu perfeccion, ¡perjura!
Pues, siendo asombro en la naturaleza,
para mi perdicion te formó el cielo
monstruo de ingratitud, y de hermosura.

ODA.

Los dos niños.

Era yo niño, quando
por un bosque vagando,
hallé otro niño hermoso,
que alegre y presuroso

se acerca, y abrazome,
un dulce beso diome
y halagueño á mi oido
dice: yo soy Cupido,
hijo de Marte y Venus.
Mi ciencia te interpreta
que serás gran poeta;
pero mayor amante,
y asi nunca te espante
acometer osado
al mas alto imposible,
pues te será accesible
si de tí soy cantado.
Yo, triste, confiado
de sus voces traydoras,
cuerdas pulsé sonoras.
Al numen engañoso
en verso numeroso
celebré reverente,
y amé á Dorisa luego;
pero en vez del sosiego
que esperé vanamente,
hallé fatiga y penas
prisiones y cadenas.

En doloroso acento
á solas me lamento
del niño aleve y doble:
pues yo obré como noble,
y él como fementido,
yo cumplí mi palabra,
y él no me la ha cumplido.

EPIGRAMA.

La lengua patria.

Preguntasme, ya lo veo,
Camilo, por que escribí
como el Preste de Berceo:
respondo, por que nací
entre el mar y el Pyrineo.

ODA.

El sabio y el rico.

Soy pobre; pero tengo
virtud que me consuele,
y no envidio, Licino,
tu grandeza y tus bienes.
Admiracion y aplauso
mis números adquieren,

y tengo fama en vida
mas que muchos en muerte.
Los techos de tu casa
cien columnas mantienen
y encierras en tus arcas
las minas de occidente.
Mas no con todas ellas,
y aun si dobladas fuesen,
adquirir lograrias
el númen que me enciende.
¿Y he de envidiarte? quando
lo que soy, ser no puedes,
lo que eres tu, qualquiera
de la ignorante plebe?

O D A.

La muger humilde.

Claudio, en toda la tierra
no hay cosa mas sublime,
ni de valor mas grande,
que la muger humilde.
En tal virtud se cifran
excelencias insignes:
ni el oro de la Arabia,

ni Tarsis, la compiten.
Asi venció Briseyda
la cólera de Aquiles
y apiadó Sisigambis
al macedon terrible.
Una muger soberbia,
aunque mirando hechice;
con toda su belleza
es monstruo aborrecible.
Por eso, ya que el pecho
á una pasion rendiste,
Leonora te la inspira:
que es hermosa y humilde.

SONETO.

Aviso á quien ama.

¿Son estos los sagrados juramentos
que acompañaron la palabra dada
por Dorisa, á mis plantas humillada,
con lágrimas, sollozos y lamentos?
¿La luna, el cielo, el sol, los elementos,
testigos de una fe tan mal guardada:
los zelos que mintió, quando irritada
acusó de mudables mis intentos?

¿Las luces, que yo vi tan amorosas
en mi fijarse llenas de ternura,
los labios, en ficciones abundantes?
¿Estas, las expresivas, alevosas
caricias que estudiaba la perjura,
son?.. Estas son. Escarmentad amantes.

EPIGRAMA.

El gran teatro.

El mundo comedia es,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles...
y á veces el entremés.

ODA.

La Barquerilla.

En la olorosa,
aspera Alcarria,
antes que el Tajo
reciba al Arlas,
corriendo lentas
sus verdes aguas;
en un remanso
hay una barca.

No la que ofrece
Zorita la alta,
que al trato sirve
de puente vaga;
sino en la selva
mas solitaria,
con cañamares,
nogueras anchas,
sabina, enebro,
junco y retamas.
Llegué aqui el dia
que en Libra iguala
Cintio las horas,
y él tramontaba.
Vi una barquilla
muy adornada
con gallardetes,
tendal y varias
flores, que penden
haciendo sartas.
Una Barquera
hallé bizarra,
de pocos años
y muchas gracias.

Sola y dichosa
cantando estaba,
libre de penas
de envidia y saña.
La barca piso,
que desamarra,
y á la maroma
va la zagala.
Cogela pronta
con tierna palma
y el pie siniestro
luego adelanta:
gracioso zuño
la hermosa cara
pone, y á fuerza
la tierra aparta.
Tanto silencio,
modestia tanta,
me deja absorto
mas que sus gracias;
ni á hablar me atrevò,
que aunque sin armas
temor inspira
la virtud santa.

*

Mas quando el medio
camino falta,
veis numerosa
sonora banda
que de perdices
atravesaba.
No me detengo,
pongo á la cara
mi arcabuz, tiro,
cae una al agua:
la misma sesga
corriente mansa
la va trayendo,
y ella la alcanza.
Ninfa, la dige,
de esta comarca:
mi don ensalcen
las circunstancias,
y aunque pequeño
mírale grata,
que acaso ofrezco
tambien el alma.
Ella modesta
y avergonzada,

tiñó la nieve
con escarlata,
y agradecida
paró la barca.
Las puras ondas
su curso paran.
El rico Tajo,
á quien la Alcarria
no le ve anciano
qual Lusitania;
sino que joven,
sobre pizarras
y entre albareñas
olivas marcha,
envidïoso
la frente alzaba,
que balsaminas
se la enguirnaldan.
Quando á mi ruego
la vi ya humana,
dige: si gustas,
Barquera, canta.
Cantó... Fecundo
bosque de Palas,

junqueras verdes,
silvestres cañas
que el eco oisteis
de mi serrana,
su melodía
donayre y gracia:
decid si oyeron
duliquias barcas
tanto á Syrenas
siciliänas.
Las soledades
de aquella estancia,
la sombra obscura
que se adelanta,
fresco favonio,
mareta blanda
y el manso arrullo
que entre espadañas
forman las olas
de aquellas playas;
todo suspende,
todo arrebata:
naturaleza
padece calma.

Cantó las selvas
y sus ventajas,
con voz sonora
y regalada.
Cantó la pompa
fugaz y vana
de la opulenta,
soberbia Mantua.
Yo, á quien hechiza
dulzura tanta,
dige: Barquera,
oh! si duraran
navegaciones
tan fortunadas,
para que juntos
fueramos, hasta
dó no bararon
quillas hispanas!
Cupido mismo
sentado en la alta
popa, la nave
nos gobernára.
Venus en rica
concha de nacar,

ó Galatea
sobre las aguas
te juzgaria;
mas debil aura
ya el leño en esta
ribera encalla.
Salgo á la tierra,
no deseada,
quando la noche
del cielo baja.
Á Dios, Barquera,
dige, gallarda:
á Dios.. Y al labio
la voz le falta.

O D A.

Traduccion de Horacio.

El de la vida, Fusco, religiosa
ni dardos usa, ni moriscos arcos,
ni de la aljaba llena de saetas
envenenadas.
Ó por las Syrtes calidas camine,
ó por el alto Cáucaso desierto,
ó por la tierra donde fabuloso
corre el Hydaspe.

Mientras inerme la sabina selva
cruzo, cantando á Lálage, distante
ya de mi quinta, de mi vista un lobo
fiero se aparta.
Monstruo, que nunca Daunia belicosa
vió mas terrible en dilatados bosques,
ni Mauritania, de leones bravos
arida madre.
Ponme en los campos frigidos, adonde
ninguna planta goza el aura estiva,
término al mundo, que la niebla y vientos
sufre malignos.
Ponme debajo del vecino carro
del sol, en tierra de habitar negada,
serás mi amada, oh! Lálage! que dulce
cantas y ries.

S I L V A.

Á Don Ignacio Bernascone, excelente en la esgrima.

Los que á su dulce acento
las aguas en el rio
suspenden y las aves en el viento,
celebren de la olimpica palestra

los duros luchadores,
ó la braveza diestra
de los que en voladores
carros, ganaron de laurel corona,
ó la caballería
veloz que el siciliano suelo cria.
Que el hijo de Latona
quiso inspirar en mí mayor deseo.
Cantar será mi empleo,
y oh! corresponda al gran sugeto el canto!
de el diestro Bernascone la alta esgrima
y su invencible espada
que el vulgo vé con amarillo espanto,
y aquella gallardía;
don que á pocos el cielo igual envia.
Marte, Dios de la guerra,
en la grama nacido,
si desciende á la tierra
cubierto con las armas de Vulcano,
verá de envidia herido
al generoso atleta carpentano
presentarse en el llano:
la diestra armada del terrible acero,
que al revolver ligero,

estrago anuncia inevitable y muerte.
En vano intenta el enemigo fuerte
por muchas partes acosarle, en vano;
que por todas le encuentra defendido:
la resistencia su valor inflama,
y triunfos le asegura
su brazo vencedor, nunca vencido.
El rayo por los ayres despedido,
de Jove poderoso,
en tempestad obscura,
no fue tan espantable
ni causó aquel asombro pavoroso,
que infunde disparada
su rápida y prontísima estocada.
Qual hiere desde lo alto
el aguila atrevida
al dragon escamoso y alza el vuelo,
tal con ligero salto,
al dar la pronta herida,
brinca veloz, hallando estrecho el suelo;
que todo se estremece
debajo de su planta,
y el polvo que con impetu levanta
entorno le obscurece.

Segura es su victoria,
y el aplauso, que en ecos resonantes
lleva su nombre al templo de la gloria.
Musas, pues no mayores fueron antes
las istmias y nemeas,
ni las pithias hazañas,
en el afan circense;
dadme coronas de laurel febeas,
con que la frente adorne
al joven matritense,
maravilla y honor de dos Españas,
y estro divino, y numero sonante,
para que en verso lirico le cante.

SONETO.

El escarmiento.

Si fuere que despues del fatal dia
que obscurezca á mis ojos la luz pura,
de mi larga jornada y mal segura
quiere alguno emprehender la aspera via:
Ay! escarmiente en la desdicha mia!
La huelle observe en lobrega espesura,
con lágrimas borrada y la amargura
no probará de su infelice guia.

No le engañen las rosas y azucenas,
el fresco arroyo, el floreciente prado,
ni el acento de armónicas Syrenas,
Ni el triste egemplo de otro que ha pasado,
ni el aparente fin de tantas penas...
Mire qual premio el fiero Amor me ha dado.

O D A.

La fama postuma.

Musa, dame coronas,
dige, que ya he cantado,
y es consecuencia justa
el premio, del trabajo.
Pero desde la cumbre
florida del Parnaso
voló la Ninfa, y dice:
oh! joven temerario!
Si algun honor merecen
tu numen y tu canto;
la vida siempre estorba
para adquirir aplausos.
Por que la torpe envidia
con atrevida mano,
arranca de las sienes

coronas que reparto.
Mas para que no juzgues
que el odio puede tanto,
que en olvido obscurezca
versos, que yo he dictado.
Sabe que un monumento
erigiste mas alto,
que el de tu Rey ilustre
magnífico palacio.
Y quando Lybitina
en el sepulcro avaro
te precipite, y callen
los afectos humanos;
Entonces fama eterna
hará tu nombre claro,
y sobre tus cenizas
se hacinarán los lauros.

FRAGMENTOS.

LA DIANA. POEMA DIDACTICO.

CANTO I.

Origen de la caza. Variedad de fieras.

Hubo algun tiempo en los remotos años,
del mundo infancia, en que la dura tierra
no le causaba al hombre algunos daños,
ni con zarzas ni abrojos hizo guerra;
y sin cultivo, prodiga y esclava,
los frutos de sus árboles le daba.
Todo era paz: aun no nacido habian
á turbar la quietud los monstruos fieros
de ambicion y política: escondian
los montes no labrados los aceros,
y aquel siglo, inocente con decoro,
(por no le conocer) se llamó de oro.
Retozó con los tiernos recentales
el lobo carnicero, y humillados
amaban los mas fieros animales

ser con humanas palmas halagados,
y en la ley natural que alli observaban
los hombres y los brutos descansaban.
Mas corrompiendo la malicia humana
la sencillez y cándida inocencia,
naturaleza se mostró tirana;
que asi lo quiso eterna providencia.
Huyeron de la mano audaz los frutos,
bramaron rebelandose los brutos.
Y el hombre miserable, condenado
á ganar con sudores el sustento,
la primer vez rompió con tosco arado
de la gran madre el rostro macilento,
encerrando en su seno las semillas,
que luego son garzòtas amarillas.
Pero impaciente el hambre porfiada
de la tardanza, aun ántes que él arase,
le dió principios de la caza osada
en que con prontitud se remediase,
y fue la primer arte que él procura
antes que la robusta agricultura.
Los ramos de las selvas desgajados
fueron primeras armas, los crecidos
peñascos de la cumbre derribados,

los garrotes volteando despedidos
perniquebraron cabras y corderos,
y alguna vez los corzos mas ligeros.
Poco despues las hondas baleares,
con guijarros que salen al chasquido,
llevaron á los vientos y á los mares
la muerte al pez y al pajaro del nido;
hasta que al fin Lamech, en feliz dia,
diestro facilitó la caceria.
El primero dobló las fuertes varas
para hacer arcos, hizo á los extremos
distantes acercarse con muy raras
fuerzas, y ató la cuerda como hoy vemos,
y este calzó, para volar derechas,
con las plumas del aguila las flechas.
Fué asi la caza, hasta que halló el averno
la invencion de la polvora tremenda:
cesó en las selvas el silencio eterno,
y viendose morir con muerte horrenda,
el bruto se espantó de oir el trueno
estando el cielo placido y sereno.
Ni importa menos que elegir la gente,
saber qual vario genero de fieras
cada lugar, cada region sustente,

en bosques, peñascales y laderas;
ni será para el arte menos bueno
saber las diferencias del terreno.
Asi el caudillo experto reconoce
del enemigo fuerza y calidades:
de qual cielo y ambiente el clima goze;
ni deja sin vencer dificultades,
y anticipada y cierta de su gloria
le ofrece sus laureles la victoria.
Los gamos apetecen las llanadas,
huye el lobo á los rudos peñascales,
se acoge á las malezas intrincadas
el puerco, y los frondosos huecadales
(seguidos de sabuesos y ventores)
procuran los venados voladores.
El oriental idólatra sugeta
al veloz tigre, el bárbaro africano
al leon rojo desafia y reta,
pronto el alfange y el venablo en mano,
y el lapon blanco caza audaz al oso
terrible, guedejudo y espantoso.
El Perú, de sus Andes asombrado,
tiembla los formidables culebrones:
en el desierto lybico abrasado

dan silbos los cerastas y dragones,
y al cayman sigue el indio americano,
vasallo occidental del Rey tu hermano.

CANTO II.

Muerte de Favila.

Era Favila estirpe de Pelayo,
sucesor de su padre y tierno joven,
(temblando le vió el moro, con desmayo)
y para que los ocios no le roben
el animo heredado, en las laderas
se egercitaba en perseguir las fieras.
Una tarde siguiendo el Rey á un oso
membrudo, corpulento, encapotado,
con zarpas y melenas espantoso,
de sus perros y gente desviado,
çebado en el alcance se enmaraña
por la fragosidad de la montaña.
Y calando el cerdoso papahigo
el bruto vuelve la espantable cara,
y aunque el garzon se mira sin testigo,
rechinando un venablo le dispara:
erróle el golpe, y como el riesgo crece,
desnuda la ancha espada resplandece.

*

Levantase en dos pies y abre las manos
el tremendo animal, y á brazos viene
con el segundo Rey de los hispanos;
y aunque el estoque atravesado tiene,
se traba entre los dos con fuerza mucha,
dudosa, desigual, áspera lucha.
Pero, enojado el Rey de la tardanza,
dos veces por el vientre le ha metido
el brillante puñal con gran pujanza:
dió el oso un horrendísimo bramido,
y aprieta, estremeciendose, de suerte,
que á ambos dieron las ansias de la muerte.
Quando veis de monteros la quadrilla
con dardos y con lanzas, y anhelantes
los perros forcejando en la trahilla,
y con ropas de caza rozagantes
la esposa joven Reyna, que aquel dia
del Rey quiso alegrar la caceria.
Muerto y despedazado un Rey de España
yace, y muerta la fiera su homicida,
y á entrambos la mezclada sangre baña..
Pues tanto importa su preciosa vida,
oh! cielos, por mi ruego importunados,
de mi Luis apartad tan fieros hados!

CANTO IV.

Alcazar de Segovia.

Hay dentro un gran salon, que oh! Febo! doras
y en el está la armígera academia:
aqui estan las virtudes triunfadoras,
aqui el militar mérito se premia,
y aqui estan las terribles prevenciones
con que arma la Castilla á sus leones.
Y por que á egemplo de heroes valerosos
la juventud se aliente, en las paredes
pendiendo estan retratos primorosos,
tanto que por que oh! Rizzi! atrás te quedes,
los compitiera apenas el divino,
sin segundo pincel de Palomino.
Lede, Aguilar y Santacruz, tres soles
de la guerra, baldon del de Farsalia,
Montemar, que pasó los españoles,
como otro tiempo Anibal, contra Italia:
á Eslava y á Velasco, y al valiente
Ceballos, triunfador del occidente.
Á todos da lugar la regia sala
y al joven de Austria, asombro de Lepanto,
terror y admiracion el lienzo exhala,

figurando á otros vivos con espanto.
Alli se vé un egercito, que manda
despues de gran camino el grande Aranda.
Su gobierno le entrega, ya enseñado
á humillar la frontera que ha corrido,
de canas y laureles coronado,
el cauto Sarria, experto y detenido:
sugeto digno de segunda Eneyda,
el Fabio hispano, el Josué de Almeyda.
Tambien del mar la imagen espumosa
de mil quillas de acero se vé herida,
sangrienta, y con oleadas espantosa.
De lo último del norte viene unida
gran muchedumbre contra la alta España,
en la esquadra holandesa y de Bretaña.
De esotra parte está nuestro armamento
que comanda Navarro, el gran Navarro.
Oh! campeon! al mirar tu vencimiento,
prendada de tu espíritu bizarro,
ya por la Fama autorizadas tienes
con la naval corona entrambas sienes.
Á un tiempo se embistieron y alteradas
las ondas resonaron con estruendo:
creyeras que nadasen arrancadas

las Filipinas, ó en combate horrendo,
alterando los canos orizontes,
chocar los montes con los altos montes.
La Capitana real, que al golfo manda,
á siete naves que la atacan tira
cien cañonazos de una y otra banda:
la que no se vá á pique, se retíra,
por que la municion no participe
del tronante cañon del *Real Felipe*.
Con el baston y la triunfante espada
está á sus españoles animando
Navarro, en la alta popa embalaustrada.
Neptuno el rostro pálido sacando,
vuelve á esconderle, absorto del estruendo,
y al verse dominar del grande Oquendo.
De Etna rebienta incendios la *Isabela*,
oh! nombre augusto! y vence ya el *San Carlos*,
pues quien tiene tal nombre no recela.
Oh! gran bagel! no dudes sugetarlos,
y á los dos mundos de tu dueño asombre
la triunfante potencia de tu nombre.
Nada os impide, hispanas naves bellas,
que canteis la victoria y el trofeo.
Las hijas de Nereo, todas ellas,

y el padre de las hijas de Nereo,
danzando os acompaña á la carena
debajo del cañon de Cartagena.
De Carlos la alta estatua en mármol duro
preside á esotros Reyes castellanos:
dirás que con cincel de acero puro
del Fidias Castro las gallegas manos
la hicieron, y al ver vivo al gran sugeto,
dejaron de acabarla por respeto.
Estan sus españoles muy leales
alli, los desceñidos africanos,
y los últimos pueblos orientales,
un mundo en reynos mil americanos,
y el Marañon, que oh! Nilo! hace te afrentes,
que no sufre los yugos de las puentes.
Sobre un gran monton de armas aherrojado,
ambas manos atrás, con cien cadenas,
está alli el Furor belico amarrado:
rebientan sangre las hinchadas venas,
y el morder quiere en su feroz despecho
las piñas y arteson del alto techo.
Revuelcase rabiando con estruendo,
vuelve en blanco los ojos espantosos,
encarnizados y en visage horrendo,

colerico, los dientes espumosos
cruge, hace estremecer la firme roca,
bramando horrible con sangrienta boca.
Pero el gran Rey sus impetus oprime,
cerrando á Jano el templo, y á la tierra
con larga paz del miedo la redime,
los brazos descansados de la guerra:
domando, á sus preceptos obedientes,
en justo imperio las soberbias gentes.

LUCRECIA. TRAGEDIA.

Acto I. Scena IV.

Tarquino. Espurio. Mevio.

Tarquino.

¡De quantos pensamientos agitado
mi espíritu vacila! ¿Quien me ha herido
con rayo celestial?

Espurio.

Señor.

Mevio.

Mi dueño,
¿que tienes?

Espurio.

¿Lo que miro es cierto, ó sueño?

Tarquino.

No es sueño, amigos, ojalá lo fuera,
y no hubiese venido adonde creo
que víctima he de ser de mi deseo.

Espurio.

Si acaso, pues merezco tu privanza,
y me juzgas capaz de confianza,
puedo en alguna cosa yo aliviarte:
con fe leal prometo aconsejarte.

Mevio.

Yo, aunque indigno, Señor, tus excepciones,
tus favores logré no pocas veces,
alto agradecimiento en mi ha durado,
y si esta vida á tu servicio pronta
hubieras menester, para eso sólo
desde Ardea, como sabes, te he seguido.
No dudes de mi amor.

Tarquino.

Agradecido

me confieso á los dos, de los dos tengo
satisfaccion igual: ya me prevengo
á descubrir mi pecho. Á Roma vine...
¿Estamos solos, nos escucha alguno?

Mevio.

Ninguno percibir puede tus voces.

Tarquino.

Á Roma vine y vi á Lucrecia hermosa...
Oh! quanta perfeccion miré en un punto!
En ella vi un dechado y un conjunto
de toda la beldad que el mundo tiene;
y aun dudo si él produjo tal belleza.
Rindieronme sus ojos. Recogida
estaba, en sus labores divertida,
llorando por la ausencia de su esposo.
Me robó mi quietud y mi reposo,
aun mas su honestidad, que su hermosura.
Si tan rico tesoro no poseo,
¿de que me sirve ser de la alta estirpe
de los valerosísimos Tarquinos?
¿de que el haber domado á los gabinos,
con industria y heroyco atrevimiento?
No hay mas remedio al grave mal que siento.
Nada reparo, nada me acobarda:

al tiempo solo acuso por que tarda.
La industria, el interés ó la violencia
me han de ayudar. No basta resistencia
para mi intrepidez y mi denuedo.
Ni á Colatino temo, ni á los suyos,
ni me acobarda el riesgo, aunque evidente,
ni la muerte, ni el cielo...

Espurio.

Señor, tente.
¿Que dices? ¿Quien te priva del sentido?
¿Que loco frenesí te ha poseido?
Oh! quantos infortunios considero
que estan amenazando! Oh! patria mia!
Oh! antigua libertad!

Mevio.

Lo que ha pedido,
Espurio, nuestro Príncipe, no ha sido
reprehension, que al vasallo no compete;
consejo te pidió para que logre
con el sigilo y brevedad posible...

Espurio.

No hallará en mi Tarquino consejero,
que con semblante falso y lisongero,
medras procure á costa de su ruina.

Mi fe, mi gratitud...

Tarquino.

Este no es tiempo
de cuidar de otra cosa que mi vida;
si no logro mi amor, está perdida.

Espurio.

¿No consideras?..

Tarquino.

Nada considero.

Espurio.

¿No quieres escucharme?

Tarquino.

Nada quiero
si no solo mi amor.

Espurio.

Pero ¿es posible
que con tal prontitud te haya rendido,
qual repentino insulto ó qual desmayo?

Tarquino.

Es el amor de condicion de rayo.

Espurio.

No es eso amor, es bárbaro deseo,
y el Príncipe magnanimo no debe
dejar que indigna una pasion le arrastre;

él debe dominar á todas ellas.

Tarquino.

Asi lo dispusieron las estrellas.

Espurio.

Aunque inclinen, al sabio no compelen.

Tarquino.

Á mí el cielo y el hado me hacen fuerza.

Espurio.

Considera el escandalo, Tarquino,
que á Roma vas á dar. ¿Que dirá Roma,
al ver que sus matronas mas honestas,
mientras que sus esposos en campaña
al peligro la amable vida exponen,
no se ven libres de sufrir tu injuria?
¿Que sentirá su esposo Colatino?
¿Que dirá el noble anciano Triciptino?
¿Que dirá el grande Bruto, de la patria
y de la libertad de sus patricios
defensor obstinado, si tus vicios
amenoran tal vez su atrevimiento?
¿No ves su militar furor violento,
y como estan de Roma las legiones
debajo de su mando y su conducta?

Tarquino.

Son vanos los peligros que me expones.
¿Quien se puede atrever al soberano?

Espurio.

Responda Amulio y Numitór su hermano,
y Albalonga, de Ascanio edificada,
con la tirana sangre rociada.

Tarquino.

No fue el amor autor de esa desdicha.

Espurio.

Es causa de mayores infortunios.
Él conmovió las espantosas armas,
y envuelta en odio y en engaño griego,
llevó á Troya el amor desatinado
la colera de Aquiles indignado.

Tarquino.

Menos sabio pretendo y mas sumiso,
Espurio, al inferior. De mi presencia
te aparta al punto.

Espurio.

Triste te obedezco,
por que es para tu mal.

Acto II. Scena VII.

TARQUINO. COLATINO. BRUTO.

Colatino.

Volvernos al egercito conviene.

Tarquino.

Volvamonos. Mas ¿que ocasion á Bruto
tambien le pudo á Roma haber traido?

Bruto.

El amor de la patria, que perdido
miro en vosotros. Oh! desgracia nuestra,
y oh! desgracia de Roma! ¡Que sus hijos,
apoyos de su firme consistencia,
asi la desamparan! ¿Qual urgencia,
tan grande os arrastró del campo á Roma?
¿Os rendisteis acaso á la fatiga,
que el áspero egercicio de la guerra
produce en los medrosos corazones?
¿Asi desamparais los esquadrones,
que de la patria el nombre soberano
dilatan por los terminos de Hesperia,
indomitas naciones domeñando?
No es esta Roma, no: Roma es aquella.
No es tanto Roma el buque suntuoso

de edificios soberbios adornado,
cuyas campiñas fertiliza el Tibre;
sino aquel noble egercito famoso
formado de sus hijos escogidos,
que el nombre augusto, la opinion romana
sostienen, á morir apercibidos.
Alli asistir debeis: alli el honroso
laurel se adquiere y no en el perezoso
tálamo conyugal, que aunque no obsceno,
con lícitos placeres afemina.
¿No advertis por ventura, la ruïna
á que sin capitan estan expuestas
las huestes que dejais desamparadas?
¿Por que adalid juzgais serán mandadas,
si el atento enemigo las embiste,
de vuestra sinrazon aprovechado?
No asi, no asi el gran Rómulo olvidado
vivió de su deber: al crudo hielo,
las noches del invierno riguroso
con la sabina lanza sufrió armado.
De tal modo á la excelsa monarquía,
que al mundo rendirá, dió fundamento;
mas no dura en vosotros tal intento.
Nunca á vosotros el romano solio

deberá su esplendor. Ni sois romanos,
ni sois...

Colatino.

Romanos somos. No la afrenta
sin limite ha de ser.

HORMESINDA. TRAGEDIA.

Acto I. Scena I.

HORMESINDA. ELVIRA.

Hormesinda.

Y ¿como era posible que pensára
un moro vil, infame y atrevido,
entre tostados arabes nacido,
llegar á conseguir fuera su esposa
la hermana de Pelayo? .. Ay! mi fortuna
dió tanta libertad á su deseo;
¡sin poder los cristianos resistirlo!
El verme en el ultrage que me veo
le prestó alientos. ¿Quien me lo digera
á mi, quando el obsequio desdeñaba
de tanto Conde godo? ¿quando fiera

despedi esposos nobles en la Galia,
y me negué á los Príncipes de Italia?
¿Como aspirar á ser mi esposo pudo
quien no merece ser esclavo mio?
Yo, de la sangre astúra descendiente,
con la real casa goda emparentada:
yo española y cristiana: yo hija amada
de Luz y de Favila: yo heredera
de mil cantabros pueblos y asturianos,
que la vida expondran por su señora...
¡y en cautiverio vil me miro ahora!

Elvira.

Consuelete, Señora, la desdicha
comun que lamentamos. No eres sola.
Ya ves la nacion inclita española
en su patria cautiva, y sojuzgada
por la canalla vil que Africa envia.
¿Quien ignora el conflicto y agonía
de aquella horrenda y pertinaz batalla,
que de nuestra prision la causa ha sido?
¿Hay alguien por ventura á cuyo oido
nuestra infelicidad no haya llegado?
No se escucha en desierto ni en poblado,
si no quejas y míseros lamentos

de madres infelices, y de esposas
que vagando afligidas y llorosas
en vano con su voz hieren los vientos.
Los hijos, de sus padres separados,
en hondas, obscurisimas mazmorras,
lloran su desventura encadenados.
Los templos, los altares profanados
sirven ya de pesebres y mezquitas.
No hubo infamias horribles y malditas
que no egerciese el bárbaro enemigo...
Mas su culpa asegura su castigo:
pues Dios no sufrirá por mucho tiempo
tanta prosperidad en un tirano.
Acaso no está lejos ya tu hermano,
en cuyo amparo el cielo se desvela,
y él pondrá fin á tu dolor acerbo.

Hormesinda.

Esa esperanza sola me consuela.
Mas ¿que dirá, ay! Elvira! quando llegue
á comprehender Pelayo mi deshonra?
¿Que dirá quando sepa que engañado
con fingidas promesas, fue enviado
á Córdoba á tratar aleves paces?
Ah! Munuza! ay! Munuza! que bien haces

en alejarle asi.. Mas, ¡que sangriento
catastrofe te espera! ¡Quan sediento
de sangre arrancará la espada fuerte!
El estrago menor será tu muerte.
Pero ¿con que vergüenza iré delante
de Pelayo á contarle mis afrentas?..
En vano, en vano, corazon, intentas
esforzarme á decirlo.. Mas si callo,
muerte é infamia en mis silencios hallo.
Toda soy confusion, horror soy toda.

Acto i. Scena vi.

Pelayo. Trasamundo. Ferrandez. Gaudiosa.
Damas. Guardias.

Pelayo.

¿Por que me mandas que renueve el triste,
lamentable dolor de aquella historia,
que sirve de martirio á la memoria,
pues tu lo sabes y lo sabe el mundo?
Ni ¿quien podrá sin lágrimas amargas
referirte, Princesa, la agonía
y el lamentable estrago de aquel dia,
tanta calamidad, asombro tanto?

Vieras alli mezclarse con espanto
los unos y los otros, confundiendo
armas é insignias con atroz desordèn,
en infernales cóleras ardiendo.
Alli en sangriento estrago se miraban
mil lástimas, mil generos de muertes:
alli los mas robustos y mas fuertes
en tierra con furor se revolcaban.
Siete veces, el sol, siete la luna
sin cesar admiraron el combate,
de que pendió el aumento ó el remate
de la africana y gótica fortuna;
hasta que ay! cielos! al octavo dia...
Oh! dia triste, lúgubre, funesto,
indigno de la luz del sol divina:
que ojalá nunca entre los otros cuenten
y perezca en olvido sepultado,
pues en él solo se amancilló toda
la altiva presuncion y pompa goda!
Al dia octavo, ay! mísero! el infame,
traydor Julian apostata, los hijos
del lascivo Witiza y el prelado
que entregó al voraz lobo el fiel ganado,
pasaronse al contrario. Desde entonces

fue la ruina total de los cristianos.
En montes transformandose los llanos,
de hacinados cadáveres son pyra.
Murió alli Atanagildo por la ira
del furioso Alboal, murió Ildefonso
al rigor de Muley, mi primo Andeca
él anima exhaló por el impulso
de la diestra fatal del vil Abdalla.
Oh! almas nobles que en esta cruel batalla
no al valor sino al número cedisteis!
mi desesperacion y arrojo visteis:
no vivo de cobarde, sed testigos
de que no evité el riesgo mas urgente.
No se si fue cruel ó fue clemente
conmigo el cielo: quiso que yo solo
quedase por testigo del sangriento
destrozo lamentable de mi patria.
Me avalanzé mil veces con intento
de morir, ni temblaba, aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enristrada
la lanza de Tarif ensangrentada.
Mas tu preguntarás, qual haya sido
el suceso del Rey. En tanto tiempo
como duró el combate ni podido

verle yo habia; al fin se me presenta,
quasi al morir la luz del postrer dia;
pero ay! cielos! ¡que horrible y demudado!
ay! de mí, qual estaba! y quan trocado
de aquel Rodrigo, á quien Toledo augusta
vió en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida y adusta,
todo sangriento y del sudor y el polvo
y heridas con horror desfigurado:
la barba yerta, sucio y erizado
tenia el cabello, que empapado en sangre
agena y propia en hilos destilaba.
Lloroso, triste, acongojado estaba,
con el manto real todo rasgado
y la corona ya no la tenía:
de el carro de marfil saltado había,
por que grandes montones de difuntos
el curso de las ruedas impedian.
Y con largos gemidos y profundos,
tristísimos suspiros, sollozando
dice: oh! Pelayo, todo lo perdimos!
Fuimos un tiempo godos y vencimos:
fue Toledo, fue España, fue Rodrigo;
mas Dios, de mi lascivia por castigo,

contra mí levantó quantas naciones
la media luna en Africa y en Asia
tremolan en sus bárbaros pendones.
Á Damasco de Syria y á la Arabia
el gótico poder ha trasladado...
Huye, hijo de Favila, que encargado
te dejo el reyno, tu eres la esperanza
de nuestra religion, que yo he perdido.
Mas, voy (por mí castigo merecido,
pues injusto violé las sacras leyes)
y en mi infortunio escarmentad, oh! reyes!
Dijo, y viendo á Tarif quan orgulloso
con homicidios mil, iba insolente
gritando furibundo á grandes voces,
dando aliento á sus bárbaros soldados:
para mas no volver ante mis ojos,
á matarle ó morir determinado,
por el tropel de las confusas armas
batió el hijár á Orelia su caballo
y se arroja al contrario poderoso,
audaz, desesperado y espantoso.
Ya á todas partes que me vuelvo veo
mezclarse con mil llantos, la ruïna
del bando fiel y el bárbaro trofeo.

Por el campo tendidos se veian
cuerpos de capitanes, de magnates
despedazados y sangrientos bustos:
cadáveres de jovenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia,
turbio ya con la sangre, los penachos,
los caballos y escudos de varones:
ya el furor de las arabes legiones,
roto el campo, el monarca fugitivo,
cebada el ansia en su riqueza inmensa,
tenía por el suelo derribadas
las tiendas de Rodrigo saqueadas.
Pero ¿por que en contarte me detengo
el suceso fatal? La gente goda
que la roca Tarpeya humilló un tiempo,
la que invencible sojuzgó, poniendo
coyunda á la cerviz del Capitolio,
cayó abatida: fue el honor perdido.
La patria á esclavitud se ha reducido,
y ya lloran sus hijos, profanados
los templos sacrosantos, los altares
y los vasos divinos ultrajados,
violadas las purezas virginales,
(sin que Dios ofendido se lo estorbe)

por la nacion mas bárbara del orbe.

Acto II. Scena V.

PELAYO. MUNUZA.

Munuza.

¿Estamos solos?

Pelayo.

Segun parece nadie nos escucha.

Munuza.

Verás si de tu mal la causa es mucha;
pero es tanta, oh! Pelayo! que recelo
que mi verdad peligre en tus oidos:
pues no parecen tal, sino fingidos
los sucesos que oirás, si valor tienes
de escuchar una infamia...

Pelayo.

¿Tan tremenda
es mi suerte, que aun juzgas que me falte
constancia para oirla? ¿Que es posible
que no me faltó el ánimo aunque viese
el último conflicto de mi patria?
¿Que he visto con aliento no turbado
mi sangre derramar, que vi mi estado

con fuego arder, mis gentes degolladas,
cautivos los cristianos infelices,
las basilicas santas profanadas,
y nunca me faltó valor heroyco;
y aun de mí dudas? ¿Como tanto tarda,
siendo tan grande, el daño que me aguarda?

Munuza.

Tu persona y estirpe reverencio,
y no es bien que un borron en tí consienta.
Hormesinda tu hermana: poco atenta
al decoro y blason de su prosapia,
que á costa de peligros tú mantienes,
fragil (como muger) de los desdenes
no se armó qual debiera, esto fue causa
de que, tu honor manchando, cometiese
el mas torpe y mas vil de los deslices.

Pelayo.

Tente, Munuza. Bárbaro, ¿que dices?

Munuza.

Conocerás las firmas de tu hermana.
Pues por ellas sabrás...

Pelayo.

¡Será posible!

Munuza.

Me estremezco al decirtelo. Confieso
que es noticia cruel; pero por eso
te la dice un amigo.

Pelayo.

¡Cielo santo!
mucho mal esperaba; mas no tanto.
¿Para esto de las armas espantosas
tu piedad me libró? ¿Para este golpe
conservaste mi vida? Oh! quanto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
donde tantos varones eminentes
murieron por la patria! Donde yacen
en flor el hermosísimo Leandro,
Teodoro y Ranimiro, y los valientes
Iñigo y Sancho. Oh! Jarafin soberbio,
el mas cruel del egercito africano!
¿por que no exhalé esta anima mezquina
al rigor de tu invicta y diestra mano?
¿ó por que no despedazó mi cuerpo,
quando con filo agudo y radiante
tantos cristianos míseros desgarra
de Tarif la espantosa cimitarra,
ó la tuya, Alboal! capitan bravo

de los fuertes Maliques Alabezes?
Oh! bienaventurados muchas veces
los que allí fenecieron, trastornados
de las sangrientas, turbulentas ondas
del Guadalete, que llevó con saña
tanto cuerpo difunto al mar de España!

Acto II. Scena VII.

Pelayo. Ferrandez. Hormesinda. Elvira. Damas.

Elvira.

Llega Señora.

Hormesinda.

Ay! que dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco, temblando: soy de hielo.

Pelayo.

Su delito la aumenta el desconsuelo.

Ferrandez.

No es delito el rubor.

Hormesinda.

Señor... Hermano...
¿Que digo? Ay! infeliz!

Pelayo.

En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco.

Hormesinda.

Ay! cielos... ¿Que es de mí? ¿Que no merezco
ni atencion ni piedad? ¿Que es esto? ¿Como
los ojos vuelves con airado rostro?
¡Hermano, dulce hermano!

Pelayo.

¡Infiel hermana!

Hormesinda.

¿Que nueva ansia? ¿que bárbaro tormento
de nuevo me acomete? ¿Quando aliento
de mi hermano me dió la confianza,
hallo este alivio? ¿Es esta la esperanza
que en tí fundé, Pelayo?

Pelayo.

¿Que mas quieres,
que ver que con indigna tolerancia,
viendote sin honor, mire primero
tus lágrimas fingidas que tu sangre?
Pero remedie el vengador acero
mi tardanza y tu culpa.

Elvira.

¡Cielo santo!

Hormesinda.

Ay! de mí.

Ferrandez.

Ten la colera y la espada:
por mí, por ella y la palabra dada.

Pelayo.

Y ¿que disculpa oh! cielos! dar intenta?
¿Como es posible hallarla? Oh! si la hallára
que feliz fuera yo! Pero son vanos,
inútiles deseos.. Di, infelice,
desgraciada muger, (que hermana, es nombre
que se estremece el labio si lo dice)
di, ¿son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la patria tolerados?
¿Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa?
¿Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sangre del justo Recaredo?...
¡Que en medio de la colera espantosa
que oprime á tu nación, tu iniqua, puedas
mirar su ruina con enjutos ojos!
¡Que no tiembles de horror, viendo despojos

de la muerte á los tuyos! ¡Que á Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron;
murió gritando el bravo Teudiselo
del estribo arrastrando, y su caballo
le lleva revolcandose en el suelo!
Que. . .

Ferrandez.

Escuchala, Señor.

Elvira.

Piedad, Infante.

Acto IV. Scena I.

Pelayo. Ferrandez. Hormesinda.
Elvira. Damas.

Hormesinda.

No teneis que animarme; á los vencidos
no haber ya que perder infunde aliento:
no puede ser mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana, sí; pero siquiera
viva mi fama y no con mancha indigna
de mi progenie ilustre, reputada
por vil muger. Cobarde y desmayada

no me verás ahora, tu decoro
me aníma para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro y á la llama
me entregaré gustosa; pero advierte
que á tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en asesinos y traydores.
No son Tulga y Munuza mis mayores
enemigos; me ofende mas Pelayo.
Pelayo, ¿tu te acuerdas de la escuela
de nuestra dulce y suspirada madre?
Ay! madre mia! Di, ¿de nuestro padre
desgraciado, los santos documentos
que nos daba olvidaste? y has creido
que los haya tambien puesto en olvido?
¿Juzgas que aquella educacion y egemplo
faltó de mi memoria, haciendo agravio
á tus padres y mios, á tí propio
y á mí, que soy tu hermana; aunque infelíce?
Lo que el vil, el traydor Munuza dice
sin examen creiste. ¡Desgraciada
nací! La infame vida estimo en nada...
Mas no tendras disculpa: cruel hermano
te llamará el alarbe y el cristiano.

Terribles infortunios te amenazan
entre los moros: las reliquias godas,
reliquias de Tarif y el fiero Muza,
que esta montaña conservaba, todas
serán aniquiladas, traycion grande
sin duda hay contra tí.. Tendré el consuelo
de que muero sin culpa: no se diga
jamas que hubo en la hermana de Pelayo
mancha ni dolo y dígase que muero
por tu gusto... Mas ay! como algun dia
sentirás con dolor la muerte mia!
y con remordimientos inmortales,
juzgarás que las furias infernales
albergan en tu pecho. La memoria
te atormentará horrible, quando sepas
que por creer la acusacion impía
de la gente sin fe mahometana,
¡que horror! mataste á tu inocente hermana.

---

*

GUZMAN EL BUENO. TRAGEDIA.

ACTO I. SCENA. VII.

GUZMAN. JIMEN. AMIR. ARALDO. GUARDIAS.

Amir.

No hay Dios sino Dios mismo, el tiene hollados
con su planta á los fuertes, fuerte es solo;
que con la noche cubre el claro dia.
Este te ensalce, Cid Guzman.

Guzman.

Confia,
Don Reduan Amir, di tu embajada.

Amir.

Aláh supremo y misericordioso,
que á su pueblo mostró misericordia,
vencedor de Satán, Dios poderoso,
señor de muchos mundos, sublimado
con gran sublimacion, reyna en la altura;
pero en la baja tierra el mando ha dado
(como á divino entre los otros hombres)
á Aben Jacob, de Fez y Tarudante
monarca y de Marruecos, y las playas

muy extendidas que domina Atlante.

Guzman.

Prosigue embajador.

Amir.

Esté arrogante
guerrero es el amado de Mahoma,
(de nuestra ley interprete divino,
que abrió con llave de doctrina santa)
las estrellas le adoran por destino
y de su amor se mueren los luceros.
No hay mas Rey que él y Aláh: por esto quiso
pasar inmensas huestes contra España
y repetir, qual vió en Jeréz Rodrigo,
de Muza y de Tarif la horrenda hazaña.
Puso el cerco á Tarifa, y la fortuna
que adora su triunfante media luna,
le dió en sus sacras manos á tu hijo.
Es piadoso mi Rey: dile, me dijo,
que permito el rescate, agradeciendo
quanto, sumiso á mi divino padre,
en Africa lidió, siempre venciendo.

Guzman.

A Aben Jacob las gracias y el rescate
daré á su voluntad.

Amir.

¿Tendrás deseo
de ver en libertad tu hermoso hijo?

Guzman.

Por medio del rescate ya le veo.

Amir.

¡Quantas lágrimas tiernas y suspiros
habrá por él perdido ya su madre!

Guzman.

Embajador: propon las condiciones
del trato, y lleno irás de ricos dones.

Amir.

Ya ves que el preso es joya inestimable;
no tanto, Cid Guzman, por ser el hijo
primogenito tuyo, aunque es gran timbre,
sino por su gallarda bizarria,
su esfuerzo y tierna juventud amable;
iman del campo moro es su hermosura.
La intencion de mi dueño, que es mas pura
que alba leche de cándidas ovejas,
conoce los afectos paternales,
y no pretende á costa de caudales
inmensos deslucir tu ilustre casa.
Facil medio se halló, para que veas

presto á tu lado el hijo que deseas.

Guzman.

Sin duda Aben Jacob, agradecido
á lo bien que en el Africa he servido,
quiere mostrar que la virtud se encuentra
aun entre religiones diferentes:
propia grandeza de inclito monarca.
El rescate y magníficos presentes
le llevarás.

Amir.

Pues solamente pide...

Guzman.

¿Que pide el fiel, magnánimo Califa?

Amir.

Que le entregues la fuerza de Tarifa.

Guzman.

¡Tarifa!.. Yo, entregar! ¿Que dices, moro?

Amir.

No te admire, Guzman. Nada imposible
te pide mi señor.

Guzman.

La fortaleza
no es mia propia, que es de mi Rey solo.
Soy su lugarteniente y defenderla

juré solemnemente al cielo mismo,
haciendole homenage y pleytesía.
Pidame mis estados, ó si quiere,
cien mil doblas, y aun mas, le llevarias.

Amir.

Guzman, los que se precian de prudentes
saben que esa fantasma que honor llaman
es solo imaginaria, y que no existe
si no en débiles almas. Mi gran dueño,
á quien hace la luna reverencia,
te ofrece inmensa y bárbara opulencia,
y llegarás á merecer la dicha
de tocarle su barba, y en fiel muestra
de cariño besarla.

Guzman.

No pretendo
por tales medios honra, ni españoles
jamas piensan asi. Dios es primero;
pero despues su honor, que al Rey ofrecen.

Amir.

Pero algunos se encuentran que merecen
mas que los naturales. En Marruecos
siempre honrado te ví, ni disgustado
fuiste, como en España, por los fieros

bandos sobre el derecho de los Cerdas.

Guzman.

En vano agravios frivolos me acuerdas.
Siempre seguí lo que pensé justicia.

Amir.

Mas, sin que sutilice la malicia,
la villa de Tarifa que defiendes
no es de tu primo el Rey, es tuya propia:
pues tú con tus parciales, acostados
y escuderos, la tienes á tu costa.

Guzman.

Los nobles siempre estamos obligados
á cumplir la palabra y asi, moro,
menos Tarifa lo que quieras pide...
No ese solo, si mil hijos tubiera
los diera por mi patria.

Amir.

Y di, ¿si acaso
no le vuelves á ver? ¿Si á Fez le llevan?

Guzman.

Mientras viva Guzman, mientras mi brazo
maneje espada y lanza; su rescate
no es dificil.

Amir.

Mas tú ya has prometido
dar por él á Tarifa.

Guzman.

¿Yo tal dige?

Amir.

Aun lo imposible oí que prometias.

Guzman.

No asi te burles con las ansias mias.
Vuelvete embajador.

Amir.

Pero, si llega
la posible ocasion de que la villa
á fuerza de armas se entre, y toda España,
como en tiempos de Ulit, entonces quedas
vil esclavo, sin hijo, sin honores.
¡Quanto dieras por no haber malogrado
entonces la ocasion de ser amigo
de tan gran Rey! por solo el corto obsequio
de un fortin, que va á dar al saco y fuego.
Reparate, Guzman, y desde luego
vuelve en tí; haz lo preciso voluntario:
que el sabio se acomoda á la fortuna.

Guzman.

Tengale tu Rey preso; mas su cuna
deberá respetar.

Amir.

Alcayde invicto:
no te alteres, escucha, pues quisiste
que me llamase en Africa tu amigo.
Sabe que Aben Jacob (el alto, el grande,
que venció en guerra á los Almoravides,
y el imperio afirmó en los Almohades)
sobre el alcoran sacro jurar hizo,
mirando el rostro hacia el oriente, á todos
los arrayaces de Africa y Egipto,
que han de volver á hacer que España toda
vuelva á adorar á aquel profeta hermoso
que ablandó los peñascos con su ruego:
que han de ultrajar vuestra nobleza y luego
volver en Cobadonga á acorralaros,
saquear á la incendiada Compostela,
robando el cuerpo del patron Santiago.
Para principio de tan grande estrago,
quiso, como Tarif, rendir los muros
de la antigua Tarteso, á quien dió nombre.
Egercito juntó, que á España asombre,

de numerosas libicas falanges.
No evitareis el cuello á sus alfanges
ó á su yugo, aunque huestes mil aborte
ni con sus ricos hombres la Castilla,
ni Aragon con sus bravos infanzones,
que en defender se ocupan á Gerona.
No está aun quieta Castilla, y la corona
portuguesa buscó sus intereses.
Aun no están castellanos y leoneses
con la reciente union bien hermanados.
Arma toca el Rey moro de Granada,
con la flor de su tropa y sus linages.
El Infante Don Juan, mal enojado,
con nosotros milita, y en el lecho
postrado yace el Rey D. Sancho el bravo.
Aun se acuerdan los godos españoles
del trance funeral de Guadalete,
del de Alarcos y Velés. Nuño de Lara
muerto por Almanzor, el Rey Alfonso
de Aragon tambien muerto sobre Fraga
por los moros, de Jayme al hijo amado
la mitrada cabeza dividiole
fiero, Atár el de Malaga.. Horror tanto,
junto con el poder de mi gran dueño,

(derramador de sangre de cristianos)
amedrenta á Castilla y...

Guzman.

¿Hasta quando,
Amir, abusarás de mi seguro?
Di á la morisma que combata el muro,
que mas no quiero oir: que otra Numancia
verá en Tarifa á quien rendir pretende:
que la flor de Castilla está á mi lado,
donde es soldado aun el menor del pueblo,
y un fuerte capitan cada soldado.

Amir.

¿Mas no te aflige el riesgo de tu hijo?

Guzman.

Ó por el oro ó el acero, fijo
su rescate será, yo daré modo.
Jimen, atiende.

Araldo.

En gran peligro estamos,
Cidí, volvamonós y no irritemos
mas á tan feroz hombre, que da espanto.

Amir.

Las rehenes de su hijo te aseguren.

Araldo.

No hay mucho que fiar. ¿No ves con quanto
desprecio mira el riesgo de su hijo?
Quien de él no se apiadó ¿que piedad quieres
que tenga de nosotros si le irritas?
No vi tan atroz alma. Al campo vamos.

Amir.

¿Esa respuesta á Aben Jacob llevamos?

Guzman.

Conforme te la dí dala al Rey moro.
Y dí que caballeros castellanos
jamas rinden la plaza al enemigo;
mientras pueda en su mano estar la espada.
Que es fuero de Castilla, muy antiguo,
que el Alcayde á la puerta de su alcazar
debe morir. Primero en mi cadáver,
con honrosas heridas destrozado,
ha de poner el pie, y el entrar, solo
por encima de mí, no está vedado.

Amir.

Aláh Quivír te salve y ilumine...
¿Y de tu hijo?

Guzman.

El moro determine.

Amir.

¡Que lealtad!

Araldo.

¡Que bárbara constancia!

Acto III. Scena XIII.

GUZMAN. JIMEN. D. MARIA. BLANCA. SOLDADOS.

Doña Maria.

¡Desdichada muger, madre infelice!
Ay! madre... Ya no madre! Tristes dias
y luto esperan á las ansias mias.
Cielo, y ¿esto consientes? ¡la inocencia
atropellada asi! Rayos tremendos
y muerte, ¿donde estais? ¡Hijo adorado!
que ya no te veré! que tu cabeza,
dividida del cuerpo, aun boqueando,
mueve los tristes moribundos ojos
cardenos y sin luz! ¿Para esto vivo?
Moros feroces, bárbaros, crueles,
de implacable dureza, airado el cielo
os sepulte en naufragios, peste horrible
consuma vuestra raza... Oh! españoles!
Jamas la paz querais con tal vil gente:

sed enemigos de su odioso nombre.
Salga algun vengador ó descendiente
de la sangre guzmana y coronela,
que lleve á sus riberas el espanto,
la desesperacion, el luto y llanto.
Eternamente duren los rencores:
nuestras playas infesten á las suyas....
Mandadlo á vuestros nietos, españoles.
